

HISTORIA UNIVERSAL PLANETA

Directores

Josep Fontana

Director del Instituto Universitario
de Historia Jaume Vicens i Vives
de la Universidad Pompeu Fabra

Enrique Ucelay-Da Cal

Profesor titular de Historia Contemporánea
de la Universidad Autónoma de Barcelona

Volumen 7

Planeta

© Handforth Limited, 1991

© Editorial Planeta, S. A., 1993

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, así como la edición de su contenido por medio de cualquier proceso reprográfico, electrónico, fotocopia, microfilm, sin la autorización previa de la Editorial

Primera edición: enero de 1994

Depósito Legal: B. 28.600-1990 (tomo 7)

ISBN 84-320-9480-3 obra completa

ISBN 84-320-9487-0 tomo 7

Fotocomposición y montaje: Ormograf, S. A., Barcelona

Fotomecánica: Tecfa, S. A., Barcelona

Impresión y encuadernación: Cayfosa Industria Gráfica, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Papel: Estucado Creamatt, de Torraspapel, S. A.

Encuadernado con piel natural

Printed in Spain/Impreso en España

Volumen 7

El apogeo del Imperio español

coordinado por
Bartolomé Yun Casalilla
Profesor de Historia e Instituciones
Económicas de la Universidad de Valladolid

José Eugenio Borao
(capítulo XI)
Doctor en Historia
por la Universidad Autónoma de Barcelona
Universidad Nacional de Taiwan

Teófanés Egido
(capítulos III-IV)
Catedrático de Historia Moderna
de la Universidad de Valladolid

Mercedes García Arenal
(capítulo X)
Profesora de investigación del Consejo Superior
de Investigaciones Científicas (Madrid)

Henry Kamen
(capítulo II)
Profesor del Consejo Superior de
Investigaciones Científicas (Barcelona)

Pedro Pérez Herrero
(capítulo IX)
Profesor titular de Historia de América
de la Universidad Complutense de Madrid

I. A. A. Thompson
(capítulo I)
Profesor de Historia
de la Universidad de Keele (Inglaterra)

Bartolomé Yun Casalilla
(capítulos V-VIII)

GRUPO EDITORIAL PLANETA

Presidente:

José Manuel Lara Hernández

EDICIÓN

Editorial Planeta, S. A.

DIRECCIÓN

Fernando Lara Bosch

DIRECCIÓN DE PRODUCCIÓN

Manuel Mainer

PRODUCCIÓN

Domingo Vilar

Joan Parramon

SUPERVISIÓN EDITORIAL

Agrupación Editorial, S. A.

DIRECCIÓN GENERAL

María Ángeles Bosch

DIRECCIÓN DE EDICIÓN

María Cardona

SUPERVISIÓN DOCUMENTAL

Pilar Remírez

María Ángeles Martínez de Marigorta

SUPERVISIÓN GRÁFICA

Luciano Boschetti

Andrés Porlán

CREACIÓN Y REALIZACIÓN

RBA, Realizaciones Editoriales, S. L.

DIRECCIÓN

Ramon Castelló

PROYECTO ORIGINAL

Julià de Jòdar

DIRECCIÓN DE ARTE

Josep Cabello

DIRECCIÓN DE LA EDICIÓN

Marta Jové

Josep Maria Casals

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

(capítulos I y II)

Emili Bisbal

ILUSTRACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

María Pilar Queralt del Hierro,

Carlota Broggi, Montse Pinar,

Laia Viñas

MAQUETA

Ángel Sevillano

SERVICIOS DE EDICIÓN

Ana Viñas

PÁGINAS ESPECIALES

Y LOS HECHOS DE LA HISTORIA

VISTOS DESDE EL PASADO

Enrique Ucelay-Da Cal

EPÍGRAFES

Ismael Almazán, Laia Lisa

CRONOLOGÍAS

Carles Santacana, Roland P. Sierra

DIBUJOS

Carles Ventura, Nilvia Villalba

CARTOGRAFÍA Y GRÁFICOS

Carto-tec S. L.

Edifilm



ASIA: EVOLUCIÓN Y CONTACTOS CON OCCIDENTE

En torno al siglo xvi, las sociedades asiáticas, al igual que casi todas las del resto del mundo, se organizaban en sistemas de castas o bien por medio del sistema de órdenes. El ejemplo más claro del primer grupo lo constituyen los hindúes, quienes, tal como sucediera en el Occidente de la Antigüedad, forjaron su sociedad en estratos diferenciados según criterios de pureza o impureza religiosa, en los que el temor a la contaminación mantenía a unos hombres alejados de otros. Por el contrario, China parece ser el ejemplo más claro del modelo de organización social más difundido en todo el mundo, esto es, el de las sociedades organizadas en órdenes o estamentos, en las que el honor y la dignidad se adjudicaban según las funciones sociales. En cuanto a la importancia de éstas, cabe observar que en China el cultivo de las letras era la función más honorable de la sociedad, mientras que en Europa y en los países musulmanes lo era el ejercicio de las armas.

El auge comercial que se extendió por todo el mundo desde el siglo xvi tal vez pudo provocar en algunas sociedades una lenta transición hacia el advenimiento de una sociedad de clases, basada en la fortuna y en el papel que los individuos desempeñaban en la producción e intercambio de bienes, como ocurrió en Holanda y en algunos grandes puertos europeos. Pero en realidad, como observa Pillorget, en la Europa de los órdenes y en la India de las castas no se esbozaron sino meros núcleos de sociedades de clases, donde los antagonismos sociales presentaban –con más fuerza y más dureza que antaño– el carácter de choque entre ricos y pobres, entre empleados y patronos. Así aconteció en la India, donde el desarrollo del comercio con Occidente acercaba y enriquecía a miembros de castas diferentes, y daba lugar a diferencias de clase, que generaban insurrecciones por parte de los más desfavorecidos; sin embargo, los conflictos sociales eran luchas entre clanes, castas u órdenes apoyados por sus clientelas respectivas. Lo mismo podría decirse de China, cuyo comercio y artesanía habían experimentado un gran empuje. Aparecieron grandes centros textiles, industrias de porcelana, fundiciones de hierro, etc., a los que el éxodo rural proveía de la fuerza de trabajo necesaria. La producción de libros había crecido espectacularmente, editándose novelas y relatos acordes con las necesidades intelectuales de los nuevos estamentos ilustrados, pero –como señala Frank– pese a la distancia que separaba esta literatura en su conjunto del ideario confuciano, la escala de valores con la que calibraba a sus héroes era idéntica en lo fundamental a la del confucianismo, y –concluye el mismo autor– la literatura

¹
Jarra de vino en forma de carácter chino.
Porcelana esmaltada de la dinastía Qing;
s. xvii.
París, Musée Guimet.
Foto: Lessing-Zardoya.

confirma en este caso lo que ya indicaba la historia social: que los sectores que esquemáticamente pueden ser caracterizados como "burgueses" no alcanzaron, políticamente hablando, ningún género de autonomía.

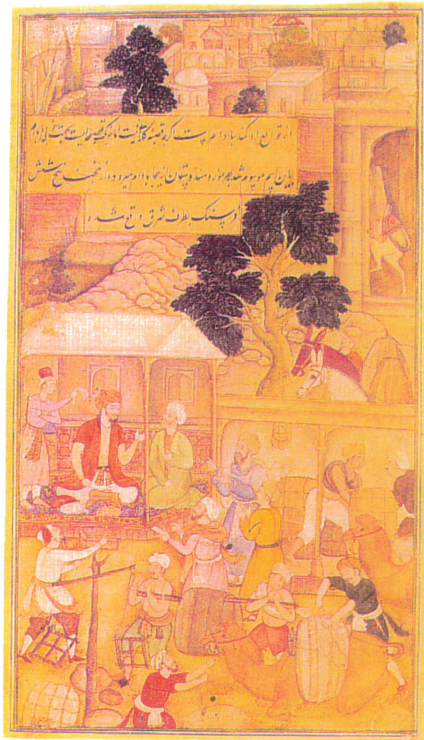
Camino de India y de China los europeos atravesaban el mundo musulmán, con el que mantenían escaso trato, puesto que en la siguiente etapa, la hindú, hallaban un mundo más tolerante que les acogía mejor. Quizá por ello los europeos tardaron en penetrar –a pesar de la proximidad geográfica– en el Imperio sunní de los turco-otomanos y en la Persia chiita de los şafawíes, sus enemigos mortales. En el primer caso, únicamente durante la segunda mitad del siglo xvii –cuando, tras diversas guerras con Venecia, Polonia y Rusia las posesiones europeas de los otomanos se redujeron a la mitad–, y a fines del siglo xviii –cuando Rusia amenazaba con la conquista del Bósforo–, Inglaterra y Francia empezaron a mostrar interés por este Imperio ya impotente. En el segundo caso, el interés europeo –en particular de Holanda, de Inglaterra, de Rusia y de Alemania– por los şafawíes de Persia en el siglo xvii se debió principalmente a razones exploratorias y de búsqueda de alianzas frente a los otomanos, a quienes las potencias europeas consideraban su verdadero enemigo. Este interés tuvo un impacto cultural –en el fondo, epidérmico– sobre el Occidente de "las Luces", interesado por lo exótico, que se manifestó en el uso de trajes persas en la corte de Carlos II de Inglaterra, o en el hecho de que Montesquieu utilizara el mundo persa como vehículo de su reflexión.

El Imperio mongol de la India

A fines del siglo xv, el subcontinente indio era un mosaico de estados musulmanes al norte e hindúes al sur. Al norte se encontraban los restos del antiguo sultanato de Delhi, desde el que un gobierno turco afgano había dominado casi toda la península Indostánica desde el siglo xiii, pero que por aquel entonces sólo controlaba los cursos medios del Ganges y del Indo. El reino de los Bahmaníes, en el centro de la península del Decán, se descompuso en 1490 en cinco sultanatos diferentes (Bérar, Ahmadnagar, Bihār, Bijāpur y Golconda) que contendían entre sí. Entre ambas zonas musulmanas, diversas dinastías hindúes Rājapūtas controlaban el Rājasthān. Al sur se encontraba el Imperio hindú de Vijayanagar –que a principios del siglo xiv se había sacudido el dominio islámico de Delhi–, del que dependían estados tributarios como Calicut, Cochin, Cananor, territorios todos ellos a los que llegaron los primeros portugueses, algunos de los cuales fueron empleados por los hindúes en la construcción de embalses y de obras de regadío. Su estructura militarista fue descrita por el portugués Paes, quien señalaba que su ejército poseía un millón de hombres muy disciplinados y que usaban armas de fuego obtenidas de los árabes. El culto oficial de las dinastías hindúes fue, desde el siglo xvi, el de Viṣṇú, que recibió protección oficial, a la vez que algunos de los brahmanes ocuparon altos cargos en la administración. En consecuencia, en la ciudad de Vijayanagar se construyeron templos suntuosos como los de Kānchīpuram y Madura.

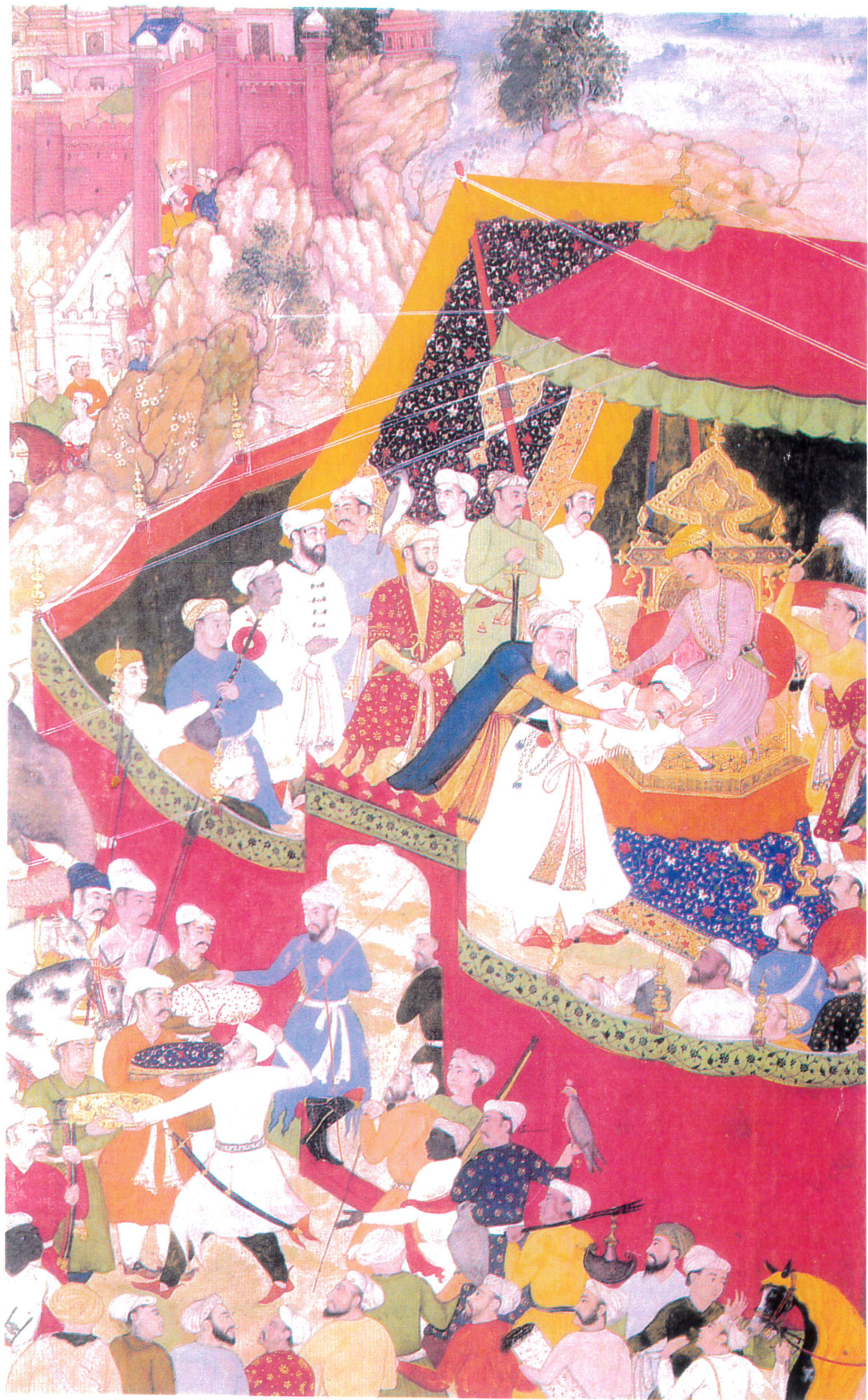
Esta situación política dominada por la fragmentación empezó a cambiar cuando el sultanato de Delhi recibió el golpe de gracia de manos de Bāber Zāhir (1482-1530), un general turcomongol originario del Turkeistán, por cuyas venas corría la sangre de Tīmūr Lang y de Gengis Kan. Bāber había fracasado en sus esfuerzos por retener su antigua capital de Samarcanda, por lo que creó un principado en Afganistán y después dirigió sus miras hacia la India, a la que llegó en 1523. Llamado por los enemigos de los príncipes Lōdī, Bāber destrozó a las cuatro veces superiores tropas del sultán de Delhi, gracias a su táctica militar y a la artillería, fundando a continuación la dinastía islámica mongol (1526-1858). El Islam, que se fue consolidando bajo la égida de los mongoles, era, sobre todo,

Ākbar puede ser considerado como el más famoso emperador mongol de la India. Su reinado destaca no sólo por la incorporación de nuevos territorios a sus dominios –desde el norte del subcontinente hasta el Decán–, sino también por sus reformas en la administración, su tolerancia en materia religiosa y la práctica de un amplio mecenazgo en el campo de las artes y las letras que convirtió su corte en un centro cultural de primer orden. A los trece años era ya gobernador del Panjāb, y tras diversos conflictos por la sucesión consiguió ampliar su autoridad con la ayuda de Bayram Kan, hasta que en 1560 tomó en sus manos las riendas del gobierno. Las reformas administrativas que emprendió se encaminaron esencialmente a conseguir la centralización del sistema financiero del Imperio –racionalizando y controlando la presión fiscal ejercida sobre el campesinado–, y a la creación de estrechos vínculos entre los administradores civiles y militares y el propio emperador. Consciente de la necesidad de crear un consenso social que asegurase la pervivencia y la fuerza de su poder, intentó mantener a su alrededor una corte brillante, regida por estrictos ceremoniales que potenciaban la admiración hacia su persona. Su reinado fue considerado durante largo tiempo como un ejemplo de fortaleza, benevolencia y tolerancia.



2

2
Conversación entre el emperador mongol
Bāber y un anciano.
*Miniatura mongol perteneciente al Bāber
Nāma; ss. XVI-XVII.*
París, Musée Guimet.
Foto: Lauros-Giraudon.



3

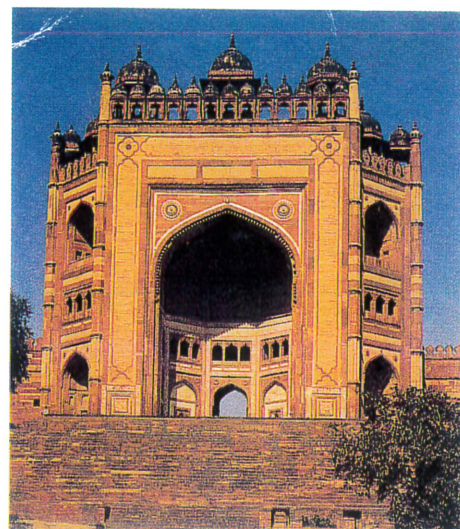
3
El emperador Ākbar.
*Miniatura mongol perteneciente
al Ākbar Nāma
por Ikhlās y Madhōv; c. 1600.*
Londres, Victoria and Albert Museum.
Foto: I.G.D.A.

un fenómeno de ambientes sociales elevados: príncipes, funcionarios, soldados, mercaderes. A excepción de dos regiones de fuerte implantación —el valle del Indo y Bengala— no se insinuó ni profunda ni masivamente en el pueblo indio, y no pudo sobrevivir más que pactando. Bāber legó unas *Memorias* (*Bāber Nāma*) en las que explicó su vida militar —la del típico organizador político seminómada del centro de Asia—, enriquecida con detalles personales en los que no ocultaba sus debilidades y errores.

Ākbar (1556-1605), nieto de Bāber, fue el más grande de los emperadores mongoles ya que se dedicó por entero a la pacificación y a la unificación del país. Se dio cuenta de que la dinastía no podía perdurar si continuaba representando el papel de un poder invasor extranjero, por lo que trató con consideración a los hindúes, intentando reconciliar las rivalidades religiosas entre sus súbditos, suprimiendo impuestos anti-hindúes, y elevando a los hindúes a las más altas dignidades. Incluso en el harén de Ākbar había tanto musulmanas como princesas Rājputas. Pero, aún siendo un poder absoluto, en el que sólo Alá y su Profeta eran reconocidos como superiores, la corte de Āgra se mostraba magnificente con sus súbditos, y el emperador era más benevolente cuanto más fuerte se sentía. El gobierno estaba compuesto de varios departamentos: de propiedades imperiales, del tesoro, de asuntos militares, de asuntos religiosos, de administración de justicia, de censura y moral pública. La administración local comprendía toda suerte de virreyes, de reyes y de príncipes, algunos muy próximos a la corte y otros casi independientes, lo que daba lugar a una gran variedad de estados periféricos, en los que se daban casos de convivencia política y religiosa como en Haidarābād, cuya población mayoritariamente hindú era gobernada por un musulmán, o en Cachemira, donde ocurría lo contrario. En su época, los impuestos eran pagados en función de las cosechas anuales, y eran recaudados por la administración de las propias ciudades, lo que fortalecía a éstas y, a la vez, contribuía a difuminar el poder central en su trato directo con los súbditos.

El advenimiento de la dinastía mongol supuso un nuevo despertar cultural en la India, ya que gobernantes y gobernados se necesitaban mutuamente. Los emperadores emplearon a hindúes en la administración del estado, y la mayoría de éstos acabaron aceptando el Islam, puesto que ello les reportaba mayores beneficios. El comercio y la industria también permanecieron en sus manos, a la vez que los nobles musulmanes buscaban a banqueros locales para solicitar préstamos. Aunque parecía que ni hindúes ni musulmanes estaban dispuestos a someter su identidad cultural al otro, con el correr del tiempo ambos grupos desarrollaron afinidades en música, pintura, arquitectura, gastronomía y vestuario. Los clichés de la corte mongol devinieron un modelo tanto para musulmanes como para hindúes, y el persa se mantuvo como lengua oficial, aunque el hindī —la lengua vernácula de Delhi— fue el idioma más usado como medio de comunicación lingüística.

Los sucesores de Ākbar abandonaron su política de integración, adoptando actitudes discriminatorias contra las masas hindúes. Con respecto al sistema impositivo, fijaron una pesada cuota para cada ciudad con independencia del resultado de las cosechas, siendo los caciques locales los responsables del pago de la misma. El nieto de Ākbar, Šah Ÿahān (1627-1656), construyó el TāŸ Maḥall sobre un templo hindú (lo cual no fue un caso aislado), para lo que requirió el trabajo de 20 000 obreros durante cincuenta años consecutivos. Šah Ÿahān fue encarcelado por su propio hijo, Aurangzeb (1656-1707), el último de los grandes mongoles, que mató a todos sus hermanos para hacerse con el trono. En su época el Imperio se extendió por toda la península del Decán, chocando con un nuevo poder hindú, el de los mahrāttas, quienes, bajo Šivaji Bhonsle (1627-1680), habían establecido un reino independiente en la costa de Konkan. Por otra parte, el fanatismo de Aurangzeb provocó rebeliones en todo el Imperio, haciéndolo ingobernable.

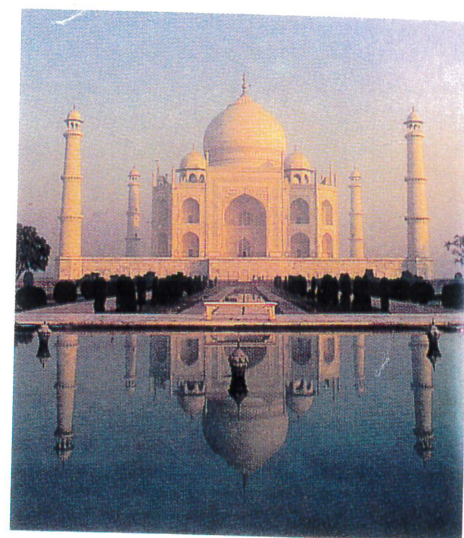
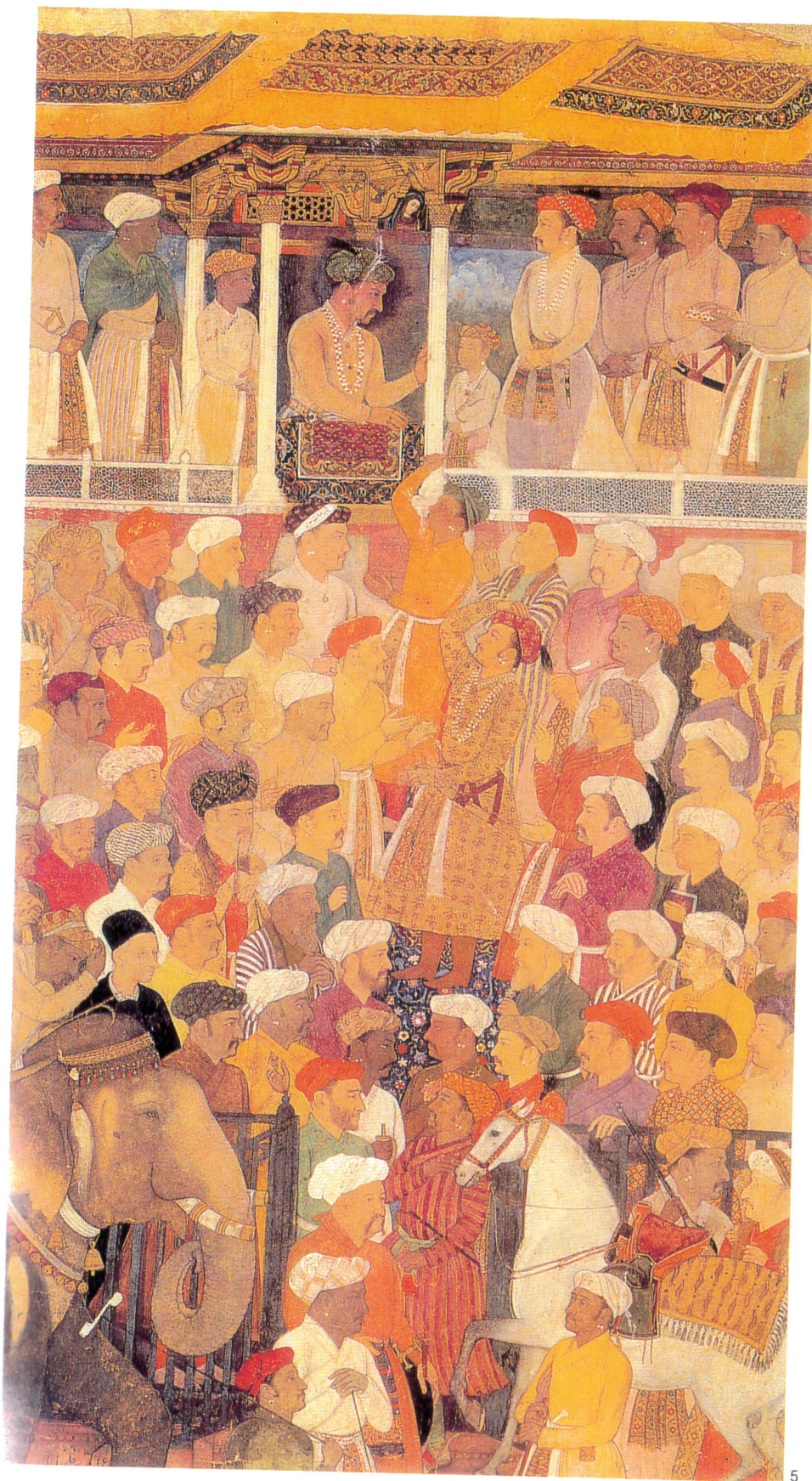


4

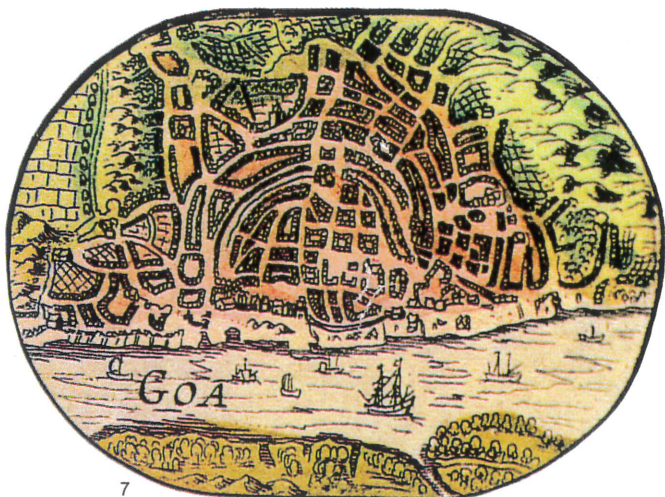
4
Buland Darwaze o “puerta de la Victoria”
(construida por Ākbar)
de la Gran mezquita (Ÿami’ masŸid)
de Fatehpur Šikrī, 1596.
Foto: Lauros-Giraudon.

5
Ÿahāngīr, emperador mongol de la India,
presidiendo un durbar.
Miniatura mongol; 1620.
Boston, Museum of Fine Arts.
Foto: I.G.D.A.

6
El mausoleo del TāŸ Maḥall; 1646-1653.
Āgra, Uttar Pradesh.
Foto: Image Bank.



Aunque los sucesores de Ākbar intentaron seguir sus pasos y mantener intacto el poderoso Imperio mongol, no siempre fueron capaces de atraerse a los influyentes sectores hindús ni sustraerse a las querellas internas que minaban su poder. Salīm, hijo de Ākbar, impaciente por acceder al trono, envenenó a su padre y se proclamó emperador con el nombre de Yāhānhīr ("conquistador del mundo"). Aunque llevó a cabo una intensa campaña militar contra el principado rajput de Mewār, se mostró más interesado por los placeres mundanos –se dice de él que era gran bebedor y adicto al opio–, que por el arte de la guerra, y desde 1613 dejó a su hijo Jurrām (el futuro Šāh Yāhān) la responsabilidad de dirigir los ejércitos imperiales. Asimismo, tras su matrimonio con la princesa persa Mehr al-Nesā (conocida como Nūr Yāhān o "luz del mundo"), ésta, su padre y su hermano gobernaron de manera efectiva el Imperio. Šāh Yāhān se rebeló también contra su progenitor (1622), pero consiguió reconciliarse con él y sucederle en 1628. Más conocido quizá por algunas de las obras arquitectónicas que promovió –baste para ello recordar el imponente Tāy Mahall–, consiguió un cierto éxito en su lucha contra los estados del Decán y se enfrentó reiteradamente al gobernador persa de Qandahār, pero acabó sus días confinado en Āgra por su hijo Aurangzeb.



7

7, 10

Goa.

Calicut.

Grabados (detalles) pertenecientes al Theatrum mundi de Willem Janszoon Blaeu; edición de 1645. Barcelona, Biblioteca de Cataluña.

Fotos: Aisa.

8

Iglesia portuguesa en Calangute (Goa); s. XVII.

Foto: Aisa.

9

Conversación entre Ākbar y algunos misioneros jesuitas.

Miniaturas mongol; s. XVI.

Foto: I.G.D.A.



8



9

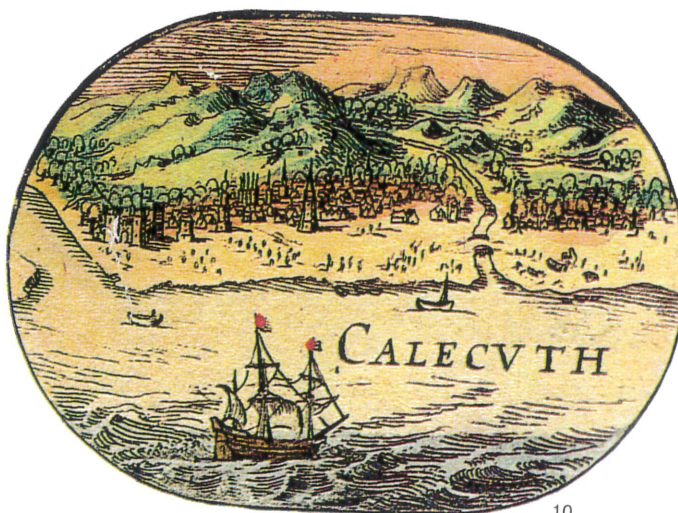
Los portugueses llegaron a los estados costeros de la India con el propósito de sustituir a los sultanes del Próximo Oriente y de las costas del Índico que controlaban las rutas comerciales desde el mar Rojo hasta China. Estos sultanes tenían su centro de actividad en Calicut, y desde allí sus naves viajaban hasta Ormuz, la llave del golfo Pérsico, y hacia Aden, para adentrarse en el mar Rojo; camino del Extremo Oriente trataban con el importante estado musulmán de Malaca, que controlaba la zona sur de la península de Indochina y el comercio entre todos los archipiélagos, desde Sumatra hasta Filipinas, pasando por la China meridional y por las Molucas.

Los portugueses adquirieron pronto territorios como Goa, Damán y la isla de Diu, desde los que monopolizaban las ventas de textiles y de especias, así como

los viajes de peregrinos musulmanes que iban camino de La Meca. De la mano de estos comerciantes llegó el padre jesuita Francisco Javier a Goa, en el año 1542, y siguiendo dichas rutas pasó a Malaca, a las Molucas y al Japón, donde permaneció dos años, para ir después a Cantón, donde encontró la muerte (1552) mientras esperaba autorización para entrar en China. De los jesuitas que le sucedieron, cabe citar al portugués Antonio de Andrade, quien desembarcó en Goa en 1600; este religioso emprendió tres viajes al Tibet (1624, 1626 y 1627), donde fue bien recibido, aunque su propósito de alcanzar China siguiendo la ruta terrestre no tuvo éxito.

El primero de los ingleses que llegó a la India fue Ralph Fitch, quien alcanzó Ágra, la capital del Imperio mongol, en 1583. Los ingleses que llegaron tras él se dieron cuenta de que la India presentaba unas condiciones favorables de tipo político para el desarrollo de la actividad comercial. Pero, a la vez, apreciaron la complejidad del sistema de castas, la fuerza de la unidad familiar y la importancia de la ciudad y de la aldea como aglutinadores sociales, por lo que de momento no mostraron interés en alterar la situación; por el contrario, permanecieron más de un siglo ajustándose a ella. Los ingleses habían dado un fuerte impulso a la navegación a raíz de las condiciones creadas por la destrucción de la Armada Invencible (1588), de manera que en 1600 fundaron la Compañía de gobernadores y mercaderes de Londres para el comercio con las Indias Orientales. Las dos primeras flotas de la Compañía se dirigieron a Indonesia, y las siguientes se encaminaron hacia el mar Rojo y la India. En 1698, la Compañía cambió su nombre por el de Compañía inglesa de las Indias Orientales, y en ese intervalo de tiempo sus representantes dieron nuevos y eficaces pasos: obtuvieron el tan deseado establecimiento en el enclave de Surat, aprovechando una disputa entre portugueses y mongoles; después expulsaron a los portugueses de la plaza de Ormuz (1622), construyeron el fuerte de San Jorge en Madras (1639), arrebataron Bombay a los portugueses (1661) y se asentaron en Calicut (1690). La Compañía tenía como objetivos prioritarios descubrir enclaves comerciales, establecer factorías, construir barcos, fundar aduanas, enviar barcos de guerra para la seguridad de los fuertes, administrar la justicia inglesa, acuñar moneda y hacer la guerra si fuera necesario. La Compañía actuaba, pues, como un estado soberano, para lo que contaba con la total aprobación del gobierno británico. Por último, es necesario recordar que a lo largo del siglo XVII también se establecieron en las costas indias asentamientos de holandeses (Cochin, Colombo, Negapatnam, Sadras, Bimlipatam), franceses (Pondicherry, Chandernagore) y daneses (Tranquebar, Serampore).

Los europeos pudieron aprovecharse fácilmente, tanto en el terreno económico como en el religioso, de la favorable disposición inicial de buena parte de los emperadores mongoles de la India. Los portugueses fueron los primeros en establecerse en el subcontinente y afianzar así sus redes comerciales no sólo en el océano Índico sino también en Indonesia. Su sistema de penetración contemplaba tres divisas fundamentales: la obtención de amplios beneficios comerciales, una tenaz postura antimusulmana y una defensa a ultranza del catolicismo. Su actitud frente a los hindús no era precisamente abierta, pero los emperadores se mostraron extremadamente tolerantes con los misioneros jesuitas. Así, Akbar permitió la presencia en su corte de misioneros de la Compañía y mostró una actitud tan abierta y un interés tan sincero por conocer la doctrina cristiana que algunos de los misioneros creyeron en la posibilidad de llegar a convertirlo. Su hijo Jahāngīr concedió a los jesuitas libertad para predicar y dejó que éstos mantuvieran discusiones religiosas con los 'ālim. Los métodos de los jesuitas, por su parte, enfrentaron a la Compañía con el Papado, que no veía con buenos ojos que la orden, en su afán evangelizador, conservase algunos ritos hindús o imitase sus himnos para mejor adaptarse a una realidad nueva. El padre Roberto de Nobili puede ser el ejemplo más radical de esta política de difusión del cristianismo, ya que en su empeño de predicar la palabra de Dios se convirtió en brahman e incluso llegó a ser conocido como el "brahmán blanco".





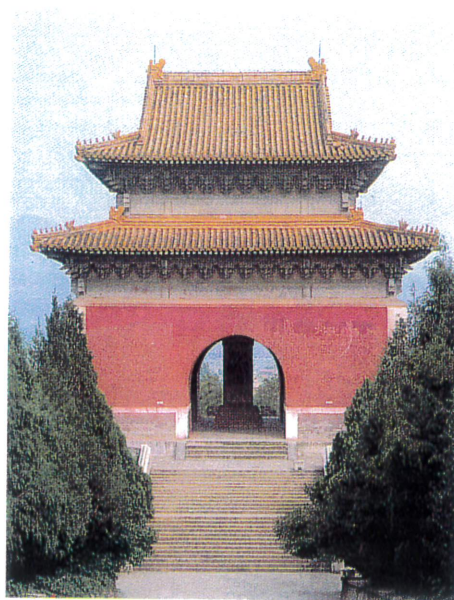
11

La China de los Ming

Tal como se vio en el volumen V de esta colección, uno de los aspectos más llamativos de la dinastía Ming fue la política exterior de su primer siglo de existencia, durante el cual el genio del fundador, Zhu Yuanzhang (1368-1398), y de la corte de eunucos que rodeó a su sucesor, Yongle (1403-1424), dieron al gobierno de los Ming una proyección exterior nunca antes conocida, especialmente en cuanto a las incursiones marítimas a través del Índico. El segundo aspecto a considerar en dicha dinastía es precisamente el de su lenta caída, que, por vez primera, unió las viejas causas de descomposición de las anteriores dinastías con la trama de los grandes cambios que tenían lugar en todo el mundo debido a la internacionalización de la economía.

El repliegue hacia dentro que tanto China como Japón dieron en respuesta a este fenómeno fue precisamente lo que diferenció su evolución de la del resto del mundo, que tomó el camino de la universalización. Tal respuesta obedece a diversas causas, unas de tipo endógeno, como la constitución interna y neoconfuciana del Imperio Ming a lo largo de los siglos xv y xvi —uno de los períodos más definidos de la historia humana, en cuanto a orden y estabilidad social se refiere—, y otras de carácter exógeno, como la llegada de los europeos y la universalización de la economía; la influencia de ambos factores en la evolución de la China de los Ming fue importante desde la segunda mitad del siglo xvi y decisiva en la primera mitad de la siguiente centuria.

Una de las primeras medidas que adoptó el fundador de la dinastía fue la abolición de la secretaría imperial (*Zhongshusheng*), el principal órgano central administrativo, sustituyéndola por un gabinete de seis ministros, que, aun careciendo de capacidad decisoria, formaba uno de los grupos más influyentes del estado. En consecuencia, el poder de los emperadores Ming fue en lo sucesivo totalmente autocrático. Un segundo y numeroso grupo, el de los eunucos, pasó a tener una importancia que nunca había alcanzado. Su número creció a millares, se fueron dividiendo en categorías, ocuparon gran número de puestos de la administración y llegaron a custodiar los archivos secretos, sólo accesibles al emperador. Desde un punto de vista sociológico, su posición entre los altos burócratas (el tercero de los grupos de influencia en la corte interior) y el emperador les acercaba más a éste al estar libres de lealtades familiares. Pasaron así a ser agentes de confianza para misiones especiales, jefes de fuerzas militares o ins-



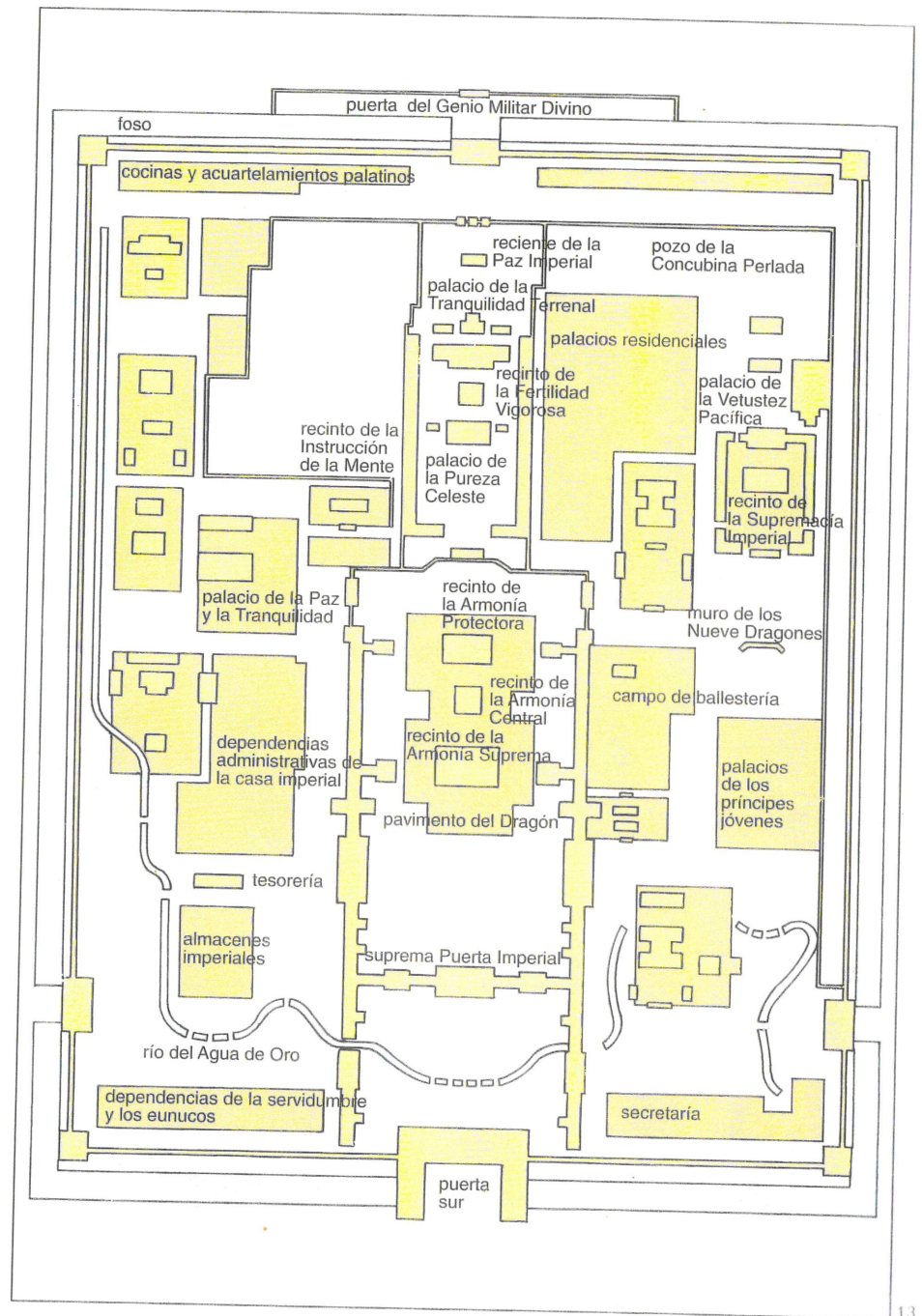
12

11
Pabellones interiores de la Ciudad Prohibida junto al canal de las Aguas de Oro; construida bajo la dinastía Ming (1407-1420) y reconstruida entre los ss. XVI-XIX.
Foto: Alfa-Omega.

12
Puerta de estelas del Dingling que da acceso al palacio sepulcral subterráneo del emperador Wanli (fallecido en 1620); s. XVII.
Foto: Aisa.

13
Plano de la ciudad imperial; construida bajo la dinastía Ming (1407-1420) y reconstruida en los ss. XVI-XIX.
(Dibujo realizado para esta edición por Carles Ventura.)

La Ciudad Prohibida (Zijincheng) constituye la expresión más depurada del poder que la dinastía Ming ostentó en China durante casi tres siglos (1368-1644). Edificada entre 1407 y 1420, se estima que en su construcción trabajaron más de 200 000 obreros. El conjunto de edificios que componen esta ciudad-palacio fue remozado durante el siglo XVI y entre los siglos XVII y XIX sufrió además diversas y sucesivas reconstrucciones, ampliaciones y restauraciones. En el centro de la denominada "ciudad interior" (Neicheng) se halla el palacio viejo (Gagong); al norte se concentran las estancias privadas, y al sur se elevan los edificios destinados a asuntos públicos. Más allá de esta zona se encuentra la llamada "ciudad exterior" (Waicheng), en la que están situados el templo de la Agricultura y el del Cielo. Entre los rasgos más destacables del conjunto arquitectónico conviene señalar la disposición de los edificios sobre tres ejes paralelos; la uniformidad del estilo y la belleza cromática, conseguida a través de la combinación del mármol blanco de los patios con el amarillo de las tejas barnizadas y el púrpura de los muros. La monumentalidad del recinto sorprendió a los viajeros extranjeros; así, por ejemplo, los embajadores holandeses que visitaron la corte en el siglo XVII quedaron admirados del espacio que se abría ante sus ojos después de flanquear la puerta del Mediodía (Wumen) —que conduce al patio en el que están los cinco puentes de mármol que atraviesan el canal de las Aguas de Oro y, en segundo término, la puerta de la Armonía Suprema (Taihe Men)—, y creyeron que esta pequeña parte del recinto (que ocupa 720 000 metros cuadrados) era el verdadero palacio real. Esta colosal demostración del poderío imperial está en consonancia con el carácter de los gobernantes de la dinastía Ming, que consiguieron imponer su autoridad, en ocasiones de forma despótica, más allá de lo que ninguna otra dinastía de la historia de China había conseguido hacerlo.



pectores de provincias. Las rivalidades entre estos tres grupos provocaron la aparición en la corte de facciones que competían en el seno de la alta burocracia; sin embargo, a nivel local existía un orden social en el que el emperador apenas intervenía.

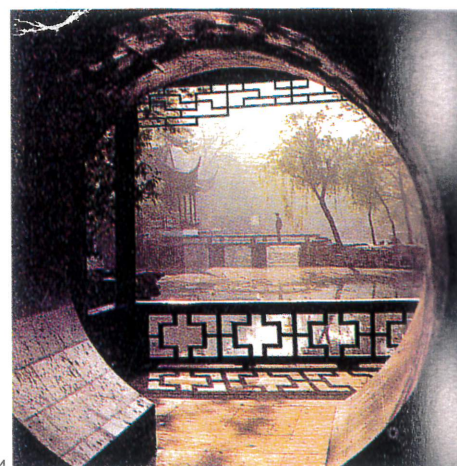
El aparato de gobierno estaba formado por los seis ministerios y su burocracia, por una jerarquía militar altamente centralizada y por otra jerarquía paralela de censores. Este último cuerpo hacía viajes anuales regulares por todo el país (dividido en 15 provincias, que comprendían unas 150 prefecturas, divididas, a su vez, en unidades menores) con el fin de preparar informes acerca de la aplicación de la justicia, de las condiciones de las escuelas, etc., a la vez que atendían las quejas de la gente. En la compenetración de estos tres cuerpos veía

Fairbank un precedente de la organización interna tanto del Guomindang como del Partido Comunista Chino, ambos gobernados desde 1928 por las jerarquías del partido, del ejército y del gobierno, considerando que ello no respondía a una división de poderes, sino a la organización de las fuerzas que mantienen el equilibrio social; según este esquema, el partido se inscribiría en la tradición de los censores y de los eunucos, que sólo responden ante el emperador. El espacio urbano desde el que se ejercía este poder se hallaba en la parte noroeste de la Ciudad Prohibida, en el centro de la ciudad imperial –convertida en capital por los Ming desde principios del siglo xv–, cuyas afueras ennoblecieron las fastuosas tumbas de los emperadores de la dinastía. Éste era el Pekín de inicios del siglo xvii al que, tras casi veinte años de azarosas etapas previas, llegaron Mateo Ricci y, tras él, los primeros jesuitas, y en el que se predicó el cristianismo como un sistema ético compatible con el confucianismo.

Los militares fueron quienes llevaron el peso de la política exterior de una dinastía que, por una parte, se enorgullecía de presidir una relación de vasallaje con los estados periféricos, y, por otra, tenía que velar por la seguridad de la frontera del norte, como en tiempos anteriores. Efectivamente, éstos fueron los dos problemas con los que tuvo que enfrentarse: la presión de los mongoles, cuestión predominante durante el primero de los tres siglos dinásticos, y los problemas con Japón, que adquirieron importancia durante el siglo xvi, especialmente a fines del mismo, cuando aquel país decidió invadir Corea, estado vasallo de China. También durante el siglo xvi destacaban dos tribus mongolas al norte de la frontera de China: los tártaros, al este, y los oirat, al oeste; la estrategia china había decidido controlar ambas propiciando su enfrentamiento. Si bien esta táctica alcanzó cierto éxito, refrendado por la regularidad en el envío de tributos (que a veces eran transportados por verdaderas caravanas comerciales, bien acogidas por el camino), los oirat llegaron a amenazar seriamente las fronteras en diversas ocasiones, convirtiendo las relaciones entre los Ming y los mongoles en una alternancia de misiones tributarias y de razias de castigo. Las tribus mongolas pudieron ser contenidas gracias al desarrollo de la artillería de campaña; así, el cañón fue utilizado no sólo en las ciudades amuralladas, sino también en la Gran Muralla, defensa permanentemente reconstruida bajo la dinastía Ming.

Los problemas con Japón eran anteriores a la presencia de los europeos en aguas chinas, y se hicieron patentes cuando modernos y bien equipados barcos piratas japoneses empezaron a entorpecer la llegada de envíos del único país tributario de ultramar, las islas Ryūkyū, a la vez que depredaban las costas de China. La respuesta que la corte Ming dio a tales presiones fue la prohibición del comercio marítimo, reflejo de una estrecha mentalidad agraria, recelosa de la apertura comercial. En consecuencia, se aceleró el contrabando y aumentaron tanto el número como la actividad de las bandas piratas, que desde fines del siglo xvi incorporaban a una mayoría de chinos en sus tripulaciones. Este fenómeno se frenó con la unificación de Japón, pero, a su vez, ésta actuó como reactivo de una amenaza mucho mayor: la pretensión, por parte de Japón, de conquistar Corea, donde, a fines del siglo xiv, la dinastía Yi había recuperado en parte la independencia respecto a China.

La situación de inseguridad en las aguas de China experimentó un cambio notable durante el siglo xvii, cuando uno de los líderes de los piratas, Zheng Zhilong (1604-1661), conocido por los europeos con el nombre de Iquam, se entregó al nuevo gobernador de Fujian, y aceptó ayudar al gobierno en el control de las actividades ilegales en las que hasta entonces había participado. Tras tres años de constantes esfuerzos restableció el orden, y el gobernador de Fujian declaró la normalidad del comercio, lo que facilitó la intensificación de los intercambios entre Manila y el sureste chino.



El período que precedió a la desestabilización de los Ming y a la ofensiva de los manchúes fue uno de los más fecundos de la historia de dicha dinastía. Según Gernet, la primera época de la era Wanli (1573-1619) fue pródiga en cambios de carácter socioeconómico: "formación de un proletariado y de una pequeña burguesía urbana; transformación de la vida rural, en que han hecho mella las influencias de la ciudad; ascensión de una clase de grandes mercaderes y hombres de negocios". Asimismo, aunque el acceso a los altos cargos de la jerarquía civil continuaba siendo mucho más fácil para los miembros de las familias acomodadas, la movilidad que caracterizó al funcionariado durante la época Ming posibilitó que muchos individuos de oscuro origen ocupasen por méritos propios algunos de los puestos de mayor responsabilidad dentro de la administración del estado. El desarrollo de las actividades económicas y las transformaciones sociales tuvieron su correlato en el florecimiento y renovación de los géneros literarios, de la filosofía y del conocimiento científico, lo que ha inducido a los estudiosos a hablar de un "renacimiento" cultural durante el período que va de 1550 a 1644.

14
Parque de Beihai, en Pekín, lugar de reposo de los funcionarios de carrera.
Foto: Zefa.

15
Retrato de una familia acomodada.
Pintura anónima. Dinastía Ming (1368-1644).
Nueva York, Metropolitan Museum.
Foto: Museo.



Hacia el Japón Tokugawa

Después de los períodos clásicos de la historia japonesa (Nara, de 645 a 794, de influencia china; Heian, de 794 a 1185, y Kamakura, de 1185 a 1332), el largo prolongado período Ashikaga (1338-1573) se caracterizó por largas disputas de familias feudales que llevaron el país a la anarquía. La familia Ashikaga llegó a una posición de gran poder absorbiendo tierras ajenas, incluso imperiales, y estableciendo la sede del shōgunado en Muromachi, cerca del palacio imperial de Kyōto.

Sin embargo, durante el gobierno del octavo shōgun, Yoshimasa (1449-1490), la ineficacia gubernamental, las rivalidades y las tensiones sociales llegaron a su más alto grado, desembocando en la guerra de Onin, una auténtica guerra civil de diez años de duración que devastó el país y que acabó con la autoridad de Yoshimasa, volviendo el país a la fragmentación política. Tanto la casa Ashikaga como la nobleza de la corte, sin fuentes de ingresos, vivieron en una situación de poder simbólico. Yoshimasa, obligado a tolerar la existencia de poderes provinciales, se retiró a su residencia de Higoshima (en Kyōto) por espacio de 17 años, rodeado de bonzos y artistas, y protegiendo las artes y las letras, orientadas hacia la introspección en base al budismo Zen. Fueron los años en que se adoptaron elementos del gusto y del ceremonial de la China Ming, tales como la ceremonia del té, los pabellones ajardinados o los objetos exquisitamente decorados.

El emperador era una mera figura residente en Kyōto, sin poder, sin responsabilidades y sin contacto con los fuertes daimyō (señores feudales). Se esperaba de él que se dedicara a sus deberes religiosos y al cultivo de las artes y de las letras. El mikado (título imperial) no disponía de fuentes de renta, sino que dependía de las asignaciones que le concedieran los shōgun. Hacia 1500, la institución imperial había llegado a sus más bajos niveles de prestigio y de solvencia económica.

El gobierno central pasó a ser controlado por una docena de familias enfrentadas entre sí que se aprestaron a lanzar el último asalto al poder. Por tal motivo no pasó desapercibida la llegada del primer barco portugués a la isla de Tanegashima, en 1543; sus armas de fuego despertaron admiración. Cuando, en 1560, Imagawaa Yoshimoto fue vencido en su avance hacia Kyōto por Oda Nobunaga (1571-1582), éste pasó a ser el más firme aspirante al shōgunado, que alcanzó en 1568, cuando entró en Kyōto al frente de un ejército de 35 000 hombres. En 1573 depuso al shōgun e inició el proceso de unificación de Japón, de modo que un tercio del país estaba bajo su dominio cuando fue asesinado en 1582. Durante estos años los comerciantes portugueses y —de la mano de éstos— los jesuitas entraron en contacto con los daimyō del sur y del oeste de la isla de Kyūshū, en puertos como Nagasaki. El éxito inicial de los jesuitas quedó reflejado tanto en el hecho de que Oda Nobunaga, en 1569, al año de asumir el control del país, otorgase el privilegio de residencia en Kyōto al misionero Louis Frois, como en la misión Tenso, auspiciada por los jesuitas de Macao, que consistió en el viaje a Roma, vía Portugal, en 1582, de cuatro niños representantes de tres daimyō.

Toyotomi Hideyoshi (1582-1598), el sucesor de Nobunaga, prosiguió la tarea de la unificación desde sus dominios en Ōsaka hasta someter a su autoridad la isla de Shikoku en 1585, y la de Kyūshū en 1587. Los daimyō del norte le rindieron obediencia hacia 1590, momento en que Japón quedó unificado bajo la estructura vasallática de una liga de daimyō que ejercían la administración local. Hideyoshi reorganizó el país, convirtiendo las aldeas en unidades fiscales y reafirmando la división de los ciudadanos en cuatro clases: samurais o guerreros, campesinos, artesanos y comerciantes. Su afán expansionista le llevó a las campañas de conquista de Corea, en 1592-1594 y en 1597-1598, que fueron un

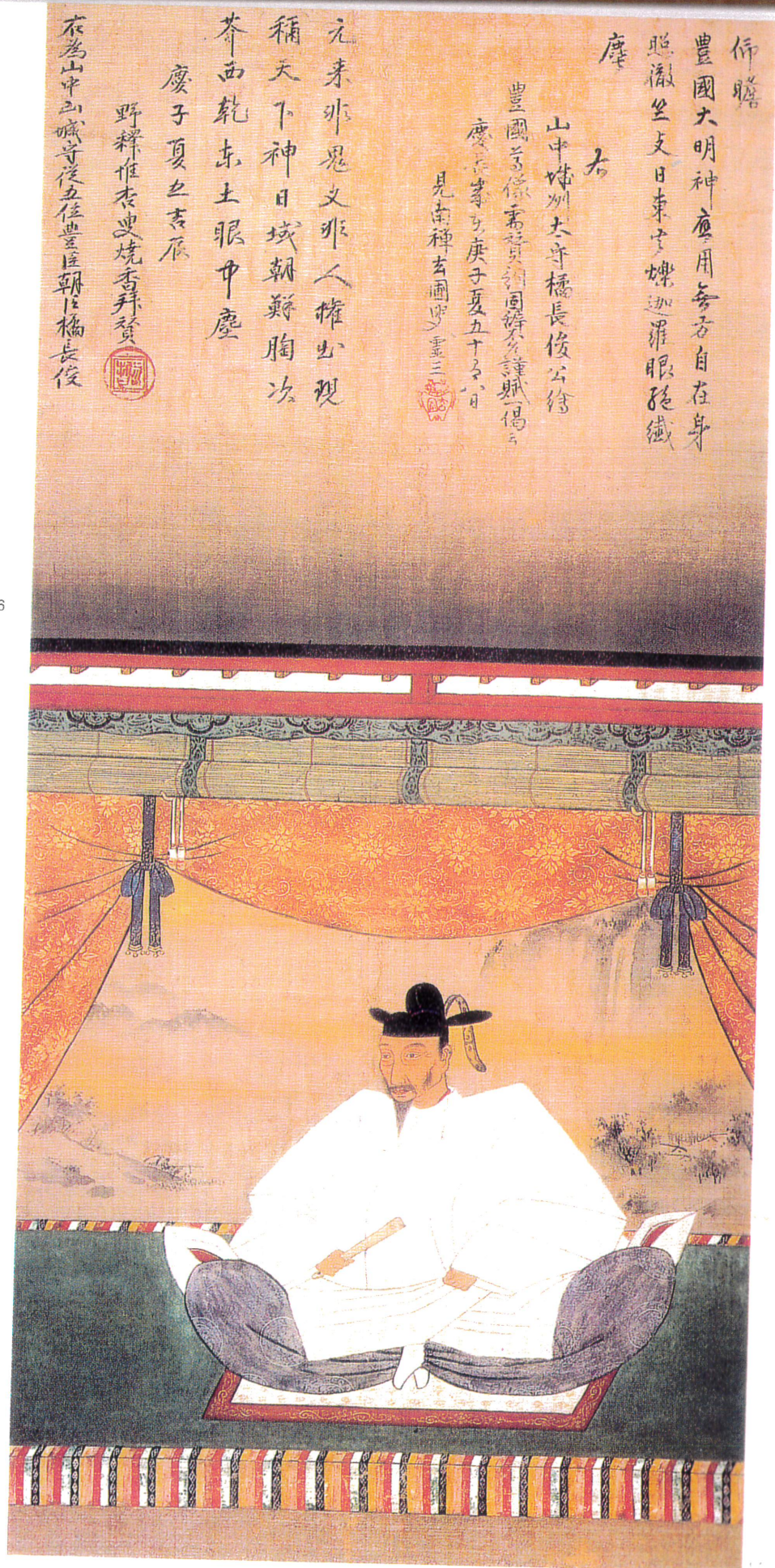
A principios de la década de los años Sesenta del siglo XVI, dio comienzo en Japón el período que habría de conducir a la definitiva unidad nacional. Tres hombres, los llamados "tres reformadores", fueron en buena medida los responsables de este proceso: Oda Nobunaga (1571-1582), Toyotomi Hideyoshi (1582-1598) y Tokugawa Iyeyasu (1603-1616). De entre todos ellos, Hideyoshi fue, probablemente, uno de los más hábiles estadistas. Hijo de una familia rural de Owari, la misma provincia de la que era originario Nobunaga, ingresó muy joven en un monasterio; tras escapar de él entró al servicio de Nobunaga. Su valor y su energía le permitieron contraer un ventajoso matrimonio (1559) y obtener el castillo de Nagahama (1574). Después de la muerte de su valedor (1582) consiguió imponerse a sus rivales, incluidos los miembros de la familia Oda y, a partir de 1585, se hizo con el poder efectivo en todo el reino y situó su cuartel general en un magnífico castillo en Ōsaka. Deseoso de acceder a la categoría de shōgun, la corte le otorgó a cambio la dignidad de kampaku y le concedió el patronímico Toyotomi (1586). Además de pacificar y reorganizar el país, Hideyoshi emprendió diversas campañas contra Corea (1592 y 1597), para apaciguar los ánimos del estamento militar, que resultaron ser un fracaso.



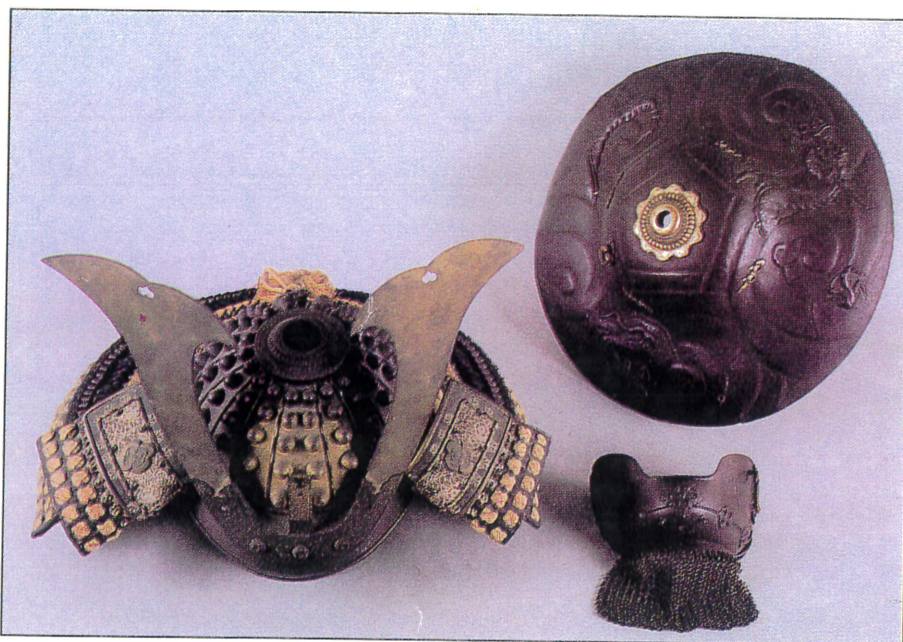
16

16
Vista del castillo de Ōsaka, construido por Toyotomi Hideyoshi; habitado a partir de 1584 y reconstruido en el s. XX.
Foto: Aisa.

17
Toyotomi Hideyoshi.
Tinta sobre seda por Yamanaka Nagatoshi (1547-1607).
Prefectura de Shiga, Saikyōji.
Foto: Archivo R.B.A.



18



18
Armadura de hierro y cuero
con incrustaciones de oro y guarniciones
de seda.
Venecia, Museo d'Arte Orientale.
Foto: I.G.D.A.

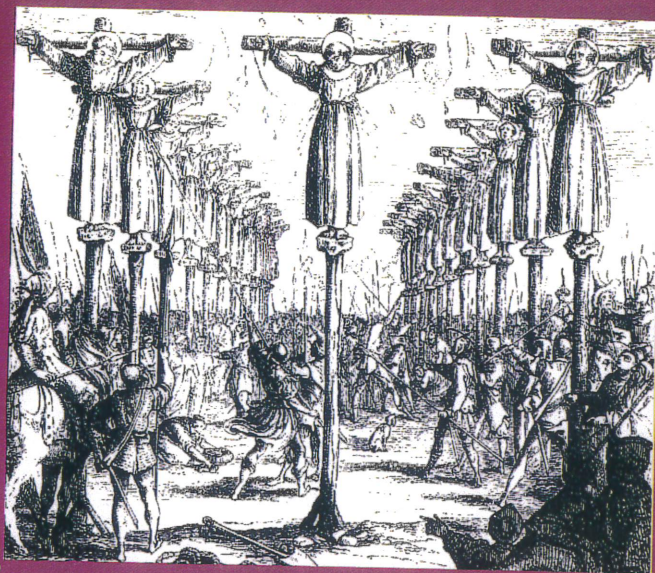
19
Tsuba (guarnición de sable).
Cobre con incrustaciones de oro
que representan motivos florales
y geométricos; s. XVI
Genova, Museo di Arte Orientale.
Foto: I.G.D.A.

20
Martirio de frailes franciscanos
en Mongasachi (Japón).
Grabado (detalle) según un original
de Jacques Callot; s. XVII.
París, Bibliothèque Nationale.
Foto: Roger-Viollet.



19

Con el final de la etapa de gobierno de Tokugawa Iyeyasu se cerró en Japón el período conocido como "la era de los dictadores" (1582-1616). Hideyoshi otorgó a Tokugawa la tutela de su hijo Hideyori pero, después de la muerte de aquél, intentó imponerse a los restantes daimyō que se oponían a él acusándole de querer aprovecharse del poder que le confería el desempeño de la regencia. El descontento desencadenó una cruenta guerra que dio comienzo en agosto de 1600 y terminó dos meses más tarde, el 21 de octubre, con la victoria de Iyeyasu en la batalla de Sekigahara. Gran administrador y preocupado por la organización y el correcto funcionamiento del aparato estatal, se inspiró en el modelo chino y propugnó el rechazo del cristianismo y la desconfianza frente a los extranjeros. A pesar de su eficaz política, Tokugawa no consiguió evitar nuevos enfrentamientos armados, provocados por Hideyori, que le sitió por dos veces en su castillo de Osaka antes de ser definitivamente vencido. A su muerte le sucedió su hijo, que había heredado en 1605 el título de shōgun que dos años antes el emperador había otorgado a su padre.



20

fracaso, y que se abandonaron a su muerte. De la primera de ellas fue testigo excepcional el jesuita madrileño Gregorio de Céspedes, quien acompañó a las tropas de algunos daimyō cristianos de modo clandestino, ya que para entonces (1587) Hideyoshi había decretado la expulsión de los jesuitas de Japón, y, en 1597, fueron crucificados en Nagasaki los primeros mártires cristianos.

A la muerte de Hideyoshi sobrevino un período de luchas políticas en el que se impuso Tokugawa Iyeyasu, quien para ello tuvo que aplastar primero una rebelión de daimyō en la batalla de Sekigahara (1600), antes de proclamarse shōgun en 1603, dando origen a la dinastía Tokugawa. Iyeyasu estableció una rígida jerarquía en la nobleza feudal, y muchos nobles abandonaron sus castillos y se hicieron cortesanos. El gobierno central del shōgunado se estableció en Yedo (Tōkyō), reemplazando a Kyōto como capital del archipiélago. Tras la victoria de Sekigahara, el nuevo shōgun se apoderó de las ricas minas de plata de Omori e Ikumo, lo que le permitió llevar a cabo la unificación del sistema monetario del país.

En los años de gobierno de Iyeyasu existió mayor relación entre Japón y España, en particular tras la estancia en aquel país del ex-gobernador de Filipinas, Rodrigo de Vivero, quien naufragó en el archipiélago japonés en 1609, cuando volvía a Nueva España, y tuvo que permanecer durante un año en Japón. Poco después partió una segunda misión hacia España (1613-1614), auspiciada por los franciscanos de Manila y que contó con 180 miembros, encabezados por un representante del poderoso daimyō católico Date Masamune, quien había obtenido para ello el beneplácito de Iyeyasu. Esta expedición llegó —vía México— a Madrid y Roma, donde fue recibida con menos entusiasmo del esperado, puesto que para entonces ya era conocido en Europa el cambio de actitud de Iyeyasu hacia los españoles y hacia el cristianismo, religión que contaba en Japón con 300 000 adeptos. El shōgun Hidetada (1616-1622) prosiguió la labor administrativa de su padre, haciendo de Japón un modelo de estado bien administrado frente a la anarquía de épocas anteriores. Siguiendo la política de Iyeyasu, cesó su protección a los cristianos, a la vez que decretó algunas medidas de limitación del comercio; con ello, Japón se encaminaba hacia el aislamiento. Por último, Iemitsu (1623-1651) y su *bakufu* (nombre que recibía el gobierno de los samurais instalados en la capital, Yedo) decidieron decretar el *sakoku*, o aislamiento del Japón, que fue primordialmente una medida defensiva ante los cambios que estaba experimentando la economía japonesa.

Europeos en el Extremo Oriente

Las bulas alejandrinas que habían creado un problema de definición territorial en Brasil no tuvieron un efecto menor en el lado opuesto del meridiano, donde tanto España como Portugal debían fijar los límites geográficos de sus imperios. Esto es lo que dio sentido a los viajes de Vasco da Gama (1497-1499), de Fernando de Magallanes y de Juan Sebastián Elcano (1519-1522), así como a la búsqueda de caminos alternativos hacia las islas de la especiería. Magallanes llegó a Filipinas en 1521, y, aunque encontró la muerte en la isla de Samar, su expedición tuvo éxito: no sólo porque se tomó posesión de aquellas islas en nombre del rey de España –considerando erróneamente que se hallaban en el territorio que las bulas de Alejandro VI atribuían a esta nación–, sino porque cuando Elcano llegó a Sevilla –tras esquivar en su recorrido a los navíos portugueses– el cargamento de especias embarcado en las Molucas fue más que suficiente para financiar completamente la expedición.

Los nuevos viajes de Elcano y García Jofre de Loaisa (1525-1527) y de Álvaro de Saavedra Cerón (1527-1529) en busca de las Molucas y de la ruta oriental hacia México fueron un fracaso. Del primero hubo pocos supervivientes, que fueron recogidos por los miembros de la segunda expedición; todos ellos acabaron entregándose a los portugueses al no poder regresar a México. Ruy López de Villalobos emprendió un nuevo viaje (1542-1546) que tenía como único objetivo las Filipinas, ya que la disputa entre españoles y portugueses se había saldado definitivamente en 1529 mediante el tratado de Zaragoza, por el que aquellas islas quedaron bajo la soberanía de España, mientras que las Molucas pasaban a formar parte de los dominios de Portugal. Villalobos, que alcanzó las Filipinas, no pudo resolver –al igual que sus predecesores– el problema del tornaviaje hacia Nueva España (un problema cuya respuesta constituía la condición indispensable para asentarse en las islas), por lo que su expedición también acabó entregándose a los portugueses en las Molucas. Finalmente, la expedición de Miguel López de Legazpi, que partió a fines de 1564, dirigida técnicamente por el agustino y marino Andrés de Urdaneta (quien ya había participado en la expedición de Loaisa) llegó a Cebú en 1565. Legazpi instaló definitivamente su base en Manila en 1571, tras derrotar al rajá Solimán, sobrino del rajá de Borneo. De camino a Manila, y también allí mismo, los españoles observaron que los chinos llegaban a la ciudad para comerciar. Diez años después, los orientales eran tan numerosos en esta ciudad que hubo que acotar un espacio exclusivo para ellos, el paríán, en el que llegaron a vivir –en su época de auge– 50 000 chinos y 15 000 japoneses. Pero el hecho más importante de aquellos primeros años de la instalación de los españoles en el Archipiélago aconteció en 1565, cuando Urdaneta supo orientar su embarcación hacia la corriente del Kuro Shio, y en sólo cuatro meses llegó a Acapulco, puerto que, a partir de entonces, se convirtió en el centro más importante del comercio transpacífico, aunque también existía otra ruta de menor importancia desde El Callao.

El inicio del comercio holandés en Asia fue propiciado por la expulsión de los comerciantes holandeses de Lisboa tras la unificación de España y Portugal, en 1580. Los holandeses, al ser excluidos del mercado intermedio de aquella ciudad, donde adquirirían especias con la plata obtenida por la venta de tejidos de lana inglesa, fundaron la Compañía neerlandesa de las Indias Orientales (VOC) en Amsterdam, en 1602, para comerciar directamente con Asia. De hecho, la tregua de los Doce Años, iniciada en 1609, permitió a los holandeses establecerse de nuevo en los puertos españoles y portugueses, desde donde enviaron a Holanda el oro que constituyó la base financiera de la expansión comercial de esta república. Tan pronto como establecieron una base comercial en Batavia (Yakarta), gracias a una alianza con fuerzas musulmanas antiportuguesas, intentaron establecer relaciones comerciales con Japón, a la vez que extendieron su ac-

21

Frontispicio de la Conquista de las Islas Malucas de Bartolomé Leonardo de Argensola; 1609.
Madrid, Biblioteca Nacional.
Foto: Oronoz.

22

Las Filipinas.
Mapa perteneciente al Islario general del mundo de Alonso de Santa Cruz; 1560.
Madrid, Biblioteca Nacional.
Foto: Oronoz.



21

En Madrid por Juan de la Cruz, año M DC IX.

El deseo de superar y neutralizar los logros de sus respectivos oponentes condujo a las distintas potencias europeas de la época a un enfrentamiento, no siempre pacífico, para asegurarse la posesión o cuando menos el monopolio comercial de los mejores y más provechosos enclaves de Oriente. Esta pugna puede ilustrarse a la perfección con el ejemplo de lo ocurrido en las Molucas y las Filipinas. El primero de estos dos archipiélagos fue objeto de disputa durante la primera mitad del siglo XVI entre las coronas de España y Portugal. Tras el fracaso de la comisión de astrónomos que tenía que determinar quien debía hacerse con la posesión de las islas (1524), Carlos V cedió sus derechos en el archipiélago a Portugal, a cambio de 350 000 escudos (pacto de Zaragoza, 1529). Posteriormente, el navegante español Ruy López de Villalobos se dirigió a las Molucas, aunque tenía prohibido hacerlo, y allí ayudó a los reyes indígenas en su lucha contra los portugueses; reprendido por el virrey Mendoza, tuvo que regresar. Las Molucas siguieron perteneciendo a Portugal—con el lapso de la incorporación del país a la corona española—hasta que los holandeses se apoderaron de ellas. Las islas Filipinas, por su parte, se convirtieron en la principal base comercial de los españoles en Oriente. Aunque el dominio hispano estaba sólidamente asentado en el archipiélago (Manila era sede de una audiencia desde 1583), las ambiciones coloniales portuguesas y holandesas, y las hostiles intervenciones de los japoneses y de los corsarios chinos pusieron en jaque a los españoles.



tividad por Borneo, Sumatra, Timor y Makasar. En realidad, los barcos de la VOC hostigaron durante dos décadas a los mercantes chinos, portugueses y españoles en las costas de Guangdong y de Fujian sin alcanzar grandes éxitos, por lo que decidieron atacar la lucrativa base portuguesa de Macao con una flota que contaba con más de mil hombres. Tras ser derrotados, los holandeses se dirigieron a las islas Pescadores, en el estrecho de Taiwan, donde se fortificaron. Desde allí enviaron un emisario a la base china de Amoy en la región de Xiamen, anunciando que cesarían sus hostilidades si se les otorgaba un puerto desde donde pudieran comerciar libremente. Finalmente, una flota china les obligó a retirarse a Taiwan en 1624. En esta isla fundaron diversos establecimientos, hasta que, en 1662, fueron expulsados por el caudillo chino Koxinga, quien se proclamó rey de Taiwan.

Aunque los ingleses llegaron pronto a este área (el armador Will Adams llegó a Japón en 1600, estableciéndose largo tiempo como consejero de los shōgun) y fueron firmes competidores de los holandeses, el número de sus barcos siempre fue menor que el de los holandeses (en proporción de uno a cuatro), por lo que, finalmente, centraron su estrategia comercial en la India.

La fundación del Imperio holandés en Oriente

La retirada de la presencia naval china en Extremo Oriente durante la primera mitad del siglo xv abrió las rutas marítimas de dicha región a la navegación portuguesa, que se impuso en ese área a fines de siglo. La ambición española de acceder al mercado chino aseguró la consolidación del dominio hispánico sobre las Filipinas en la segunda mitad del siglo xvi. Pero la hegemonía portuguesa en el océano Índico era más una apariencia que una realidad, y el Pacífico era un "lago español" más bien gracias a la ausencia de rivales que debido a una verdadera capacidad de control marítimo por parte de España. De hecho, tanto portugueses como españoles concebían su comercio con Oriente como fruto de unas "carreras": la de la "nao de Goa" portuguesa, que cubría el trayecto entre Lisboa y la India, y la de la "nao de China", que conectaba Manila con Acapulco. Sólo algunos arquitectos imperiales proclamaron sin éxito que el verdadero beneficio residía en el control del transporte entre los mercados regionales —del tráfico entre la India e Indonesia o entre las islas del archipiélago indonesio o del comercio con la China, lugares en los que se hacía sentir la presión de los piratas japoneses— más que en operaciones puntuales, por muy provechosas que éstas fuesen.

Los posibles beneficios en el trato directo con las regiones que eran las principales productoras de especias atrajeron a navegantes ingleses y holandeses a lo largo de los años Noventa del siglo xvi. En 1602 se fundó la Compañía neerlandesa de las Indias Orientales (VOC), que reunió varias iniciativas anteriores en una entidad paraestatal que, a la vez, pretendía coordinar los esfuerzos de penetración de los holandeses en Extremo Oriente, proteger los intereses de sus inversores y contribuir a financiar la lucha por la independencia contra la corona española. La unión hispano-portuguesa de 1580 convirtió las factorías lusas en presa justificada de los militares-empresarios de la VOC, quienes no perdieron tiempo en aprovechar la coyuntura para hundir el monopolio comercial de los portugueses en Oriente.

No cabe duda de que el protagonista más destacado de esta operación fue Jan Pieterszoon Coen (1587-1629). Enviado por primera vez a Asia en 1607, sus informes facilitaron su promoción en la Compañía, y accedió al puesto de comerciante jefe en 1612, para convertirse luego



en el responsable de la base comercial de Banten (o Bantam), de donde, en 1614, pasó a ocupar el cargo de director general de todos los negocios asiáticos. Coen pronto intervino en las guerras entre los príncipes indonesios, apoyando ora unos, ora otros, mientras intentaba sustituir a los portugueses en su privilegiada posición de intermediarios comerciales del área, a la vez que procuraba mantener alejados a los ingleses. A cambio de su ayuda, exigía a los soberanos locales contratos de monopolio, que, como calvinista estricto, interpretaba con un rigor inusitado para lo que eran las costumbres del sureste asiático. Aunque la intervención militar de la VOC en el área exigió una importante inversión, Coen se hizo en poco tiempo, entre 1614 y 1618, con el control del clavo de las Molucas y de la nuez moscada de las islas Banda. Cuando el sultán de Banten se resistió a su pretensión de monopolizar la pimienta, Coen trasladó su base a Yacatra (hoy Yakarta), donde recibió en 1617 el nombramiento de gobernador general de las Indias Orientales holandesas.

A fines del año siguiente, amenazado por una expedición de la Compañía inglesa de las Indias Orientales, Coen se halló en una situación

difícil, en la que confluían los intereses de los príncipes locales —de los altades fugaces— y de los ingleses. Coen derrotó a sus rivales, quemó Yacatra, y, en su lugar, fundó Batavia como centro fortificado que protegería los intereses neerlandeses (1619). Hizo lo que pudo por mantener inoperante la nueva alianza entre los Países Bajos e Inglaterra, como antes había ignorado la tregua con España (y, por extensión, con Portugal). Su férrea voluntad quedó demostrada una vez más en 1621, cuando, con la excusa de un contrato roto, masacró y esclavizó la población de las islas Banda, estableciendo en ella plantaciones holandesas. También acarició el proyecto de un asalto a China (1622), que quedó reducido a la erección de una cadena de fortificaciones en Formosa. Tras la ejecución de algunos ingleses en Amboina, en 1623, la reputación de Coen quedó en entredicho. Sus planes para colonizar las Indias con holandeses no prosperaron, y su último período como gobernador en Batavia (1627-1629) fue menos activo; murió de enfermedad durante una guerra local.

Si la conquista portuguesa de Malaca en 1511 fue un momento decisivo en la historia de Indonesia, tarde



o más lo fue su caída en manos de los holandeses en 1641. En realidad, el control territorial del archipiélago por los neerlandeses fue muy tardío, y no se extendió solo a la parte oriental de Java hasta después de 1674, completándose durante la segunda mitad del siglo y principios del siglo xx. Pero en esa época de mayor auge del tráfico de especias, la intervención de la VOC y de hombres como Coen apartó a las potencias ibéricas del tráfico comercial en Extremo Oriente, y relegó a los ingleses a la India.



25

23
Barco holandés.
Óleo por H. Goderis; 1626.
La Rochella, Musée du
Nouveau Monde.
Foto: I.G.D.A.

25
Plato en el que figura el monograma
de la VOC (Compañía neerlandesa
de las Indias Orientales).
Amsterdam, Historisch Museum.
Foto: Museo.



24
Jan Pieterszoon Coen.
Óleo sobre lienzo; s. XVII.
Hoorn, Westfries Museum.
Foto: Museo.

26
Puerto de Batavia (Yakarta).
Óleo sobre lienzo por Beeckman; 1656.
Amsterdam, Rijksmuseum.
Foto: Museo.



24

Comercio y revolución de los precios en Extremo Oriente

La actividad comercial en aguas del Extremo Oriente se incrementó rápidamente. En poco tiempo la seda china empezó a ser conocida en Kyōto y en Lima, los algodones chinos pasaron a ser vendidos en los mercados filipinos y mexicanos, y la porcelana de China se convirtió en la última moda en Sakai y en Londres. Sin embargo, este fenómeno empezó a decaer hacia mediados del siglo xvii. ¿Qué había pasado en esos cincuenta años? Para entender la naturaleza y evolución del proceso comercial que se desarrolló en Extremo Oriente es imprescindible definir la estructura de la red comercial que se había ido creando allí. En primer lugar, cabe observar que tanto en China como en Japón la plata se había convertido, desde fines del siglo xvi, en moneda de uso corriente, especialmente en el pago de impuestos y en las transacciones comerciales. Pero las minas chinas pronto empezaron a dar síntomas de agotamiento, por lo que el poder adquisitivo de la plata iba subiendo ya desde la época de las dinastías Song y Yuan. Desde 1592 hasta inicios del siglo xviii el oro se cambiaba en Cantón por plata en la proporción de 1:7, mientras que en Japón se cambiaba en una proporción de 1:10, y en España de 1:13; es decir, el valor de la plata era la mitad en China que en España. En consecuencia, China representaba tanto para los japoneses como para los europeos un mercado barato de oro y de manufacturas de primera calidad. Con respecto a la seda, los tradicionales centros productores chinos se situaban en Guangdong y Fujian, en el siglo xvi, y sus manufacturas se exportaban a través de los respectivos puertos de Cantón y Amoy. En aquel siglo, Suzhou y Hangzhou también se incorporaron a la producción de seda. La porcelana también era objeto de un activo comercio.

Existían otros centros exportadores secundarios situados en la Conchinchina, en Siam, en Manila, en Camboya, en Tonkín y en Formosa. Por último, no hay que olvidar que, aun siendo la plata y la seda los elementos característicos de esta revolución comercial, como resultado de los contactos con América se introdujeron en Oriente, y particularmente en China, productos como el boniato, el maíz, el cacahuete, la quinina, la piña, el cáñamo y el tabaco, aunque inicialmente su difusión fue lenta.

Entre los centros consumidores de productos chinos se encontraba el Japón, que pagaba las importaciones con la plata de sus minas, ya que, si bien circulaban monedas de oro, plata y cobre, la moneda de plata era el único medio de pago aceptado en el comercio exterior. Aunque no se conoce con exactitud la producción de las minas de plata de Japón, éstas experimentaron medio siglo de bonanza productiva, entre 1596 y 1623, exportándose entre ambas fechas alrededor de 400 000 kilogramos de plata, cantidad que bien pudo representar un 35 por ciento de la producción mundial de este metal. El segundo centro consumidor era Nueva España, que pagaba las compras con plata americana, que llegaba a Filipinas principalmente por medio del situado (nombre que recibía la asignación económica con que la Corona pagaba a sus funcionarios). El tercer centro consumidor era Europa, que se abastecía de productos chinos a través del Índico, y que pagaba éstos con la plata llegada a sus mercados desde América, con la que financiaba su comercio transcontinental.

La situación de las rutas comerciales y la de los grupos de intermediarios que en ellas desarrollaban su actividad marcaba la coyuntura de este sistema comercial, produciéndose rivalidades entre los países que participaban en él a lo largo de la segunda mitad del siglo xvi y durante la primera mitad del xvii. Los portugueses, atraídos por la ventajosa diferencia bimetalica entre Japón y China, se apoderaron de la ruta comercial más importante: la que unía China y Japón, una vez superado el aislamiento chino provocado por la piratería japonesa. Los comerciantes portugueses pagaban con plata española, a la que accedían mediante diversos canales comerciales, en particular a través del comercio de es-

Aunque China fuese durante el período comprendido entre los siglos xvi y xix un Imperio prácticamente cerrado para Occidente, las limitadas relaciones que se establecieron entre los occidentales y los chinos durante esas tres centurias permitieron a ambos conocer muchos de los elementos culturales, geográficos, políticos, artísticos y científicos que caracterizaban sus respectivas civilizaciones. El interés que para los europeos despertaba el lejano Imperio queda patente no sólo en el intento de imitar sus porcelanas –el denominado “oro blanco”– o en el aprecio de que gozaban sus ricas sedas, sino también en el deseo de conocer su territorio (sirva de ejemplo el Novus Atlas Sinensis de Martin Martini), sus avances médicos y científicos o su fauna y flora. En una obra a propósito de este último aspecto, la Flora sinensis de Michael Boym (Viena, 1656), se nos ofrece una descripción de la vegetación china, que incluye también la referencia a frutas traídas de lejanos lugares, como la piña: “Fruto extranjero del pan o fruto ananás. Este fruto es llamado por los chinos ‘Fan bolomie’ (fruto extranjero del pan), y por los indios es llamado ananás, y crece abundantemente en las regiones del sur, Guangdong, Guangxi, Yunnan, Fujian, y en la isla de Hainan; al parecer fue llevado desde el Brasil hacia el este de la India.” Los chinos, por su parte, demostraron reiteradamente su interés por los conocimientos occidentales sobre astronomía y medicina, y, en general, por todas aquellas informaciones que les eran transmitidas por los jesuitas (quienes, como había pedido Mateo Ricci, llegaron a hacerse “chinos con los chinos”) a propósito de sus tierras de origen.

27

Vaso decorado con paisaje.
Porcelana azul de cobalto vidriado;
1620-1683.
Parma, Museo d'Arte Cinese.
Foto: I.G.D.A.

28

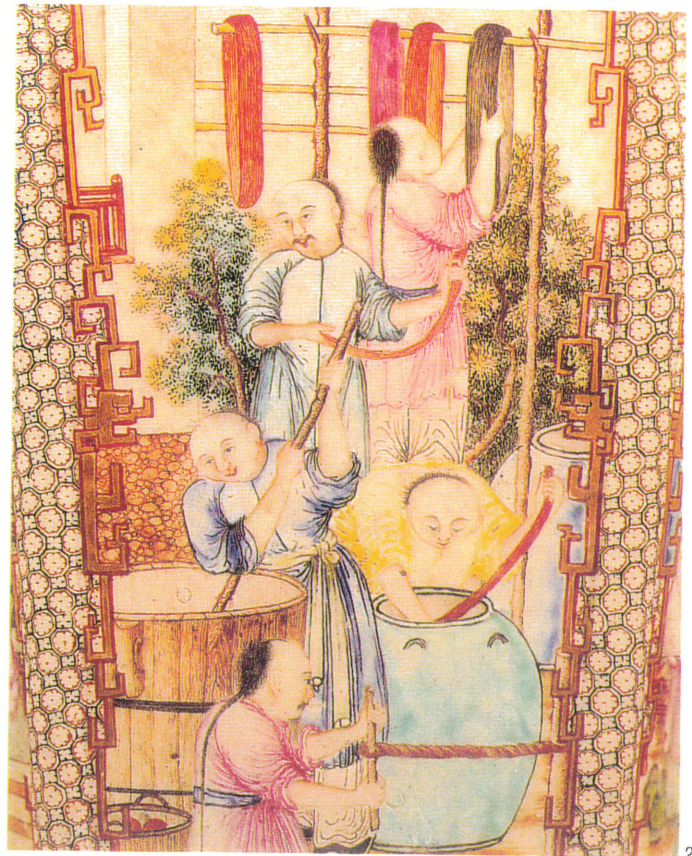
Teñido de la seda.
Detalle de un vaso de porcelana.
Dinastía Ming (1368-1644).
Teherán, Palacio de Golestán.
Foto: Aisa.

29

Estudio de la flora en China: la piña.
Grabado perteneciente a la obra Flora
sinensis del jesuita polaco Michel Boym;
1656.
Foto: Archivo R.B.A.



27



28



29

clavos. Si bien podían cambiar la plata por oro en Goa, en proporción 1:9, les era más ventajoso hacerlo en Cantón, donde estos metales se cambiaban en la proporción ya citada de 1:7. En la evolución del comercio entre Macao y Japón durante los primeros cuarenta años del siglo xvii cabría distinguir tres fases: de 1600 a 1617, la fase de los grandes veleros, durante la que llegaron a Japón diez galeones, aunque, en teoría, las autoridades de aquel país permitían la llegada de un galeón anual; de 1618 a 1629, fase de los pequeños veleros o galeotas, más ágiles en la maniobra y más eficaces que los galeones ante las crecientes incursiones holandesas e inglesas; por último, la fase de declive, de 1630 a 1640, en la que el auge aparente de la navegación comercial respondía en buena parte al hecho de que los portugueses actuaban más bien como transportistas de los japoneses que como comerciantes.

Desde fines del siglo xvi los españoles también participaron en el comercio con Japón, aunque tal relación fue de poca importancia porque no se trataba de economías complementarias y se mantuvo a título personal. Solamente Iyeyasu mostró un verdadero interés oficial en la época de negociaciones con Vivero, que no llegaron a cristalizar; por el contrario, en 1624 se prohibió a los españoles el acceso a Japón. Un tercer e importante grupo de comerciantes era el de los *shuinsen*, japoneses que actuaban como intermediarios vendiendo sedas chinas en Japón a través de otros lugares de Asia, ya que tenían prohibido el comercio directo con China. Los holandeses también pretendieron hacerse con parte de este comercio, que disputaron con éxito a la frágil alianza luso-hispana: entre 1609 y 1633 llegaron a Japón 39 barcos holandeses, y entre 1634 y 1640, época en que los holandeses se habían establecido firmemente en Taiwan, el número de aquéllos aumentó hasta 79. Durante todo el siglo xvii, y especialmente desde la ocupación de Malaca por los holandeses (1641), éstos fueron quienes transportaron la mayor parte de plata que circuló entre Europa y Extremo Oriente, amparándose en el déficit comercial que España tenía contraído con ellos. Entre un 15 y un 20 por ciento de la plata que llegó a España fue reexportada desde Cádiz en barcos holandeses que partían hacia Extremo Oriente; con ella los holandeses financiaron su comercio en toda Asia.

Posteriormente, los ingleses intentaron penetrar en las rutas que unían China y Japón, pero desde 1637 dejaron de ser competitivos, por lo que se retiraron hacia la India. Por otra parte, desde 1611 está bien documentada la presencia de comerciantes chinos en dicha área, donde, a pesar de las prohibiciones, traficaban desde épocas anteriores. Tras el incidente Alcarazo-Hamada Yahei (1630), que limitó temporalmente el comercio de los holandeses y los portugueses con Japón, los comerciantes chinos se emplearon a fondo, y después del *sakoku* casi no hallaron competencia.

Otra ruta importante era la que unía China y Nueva España. El primer tramo, de China a Manila, fue casi monopolio de los chinos, con quienes los españoles se entendían bien, pero hacia 1620 aquéllos cedieron ante la presión de los portugueses —quienes empezaban a encontrar dificultades en Japón—, a pesar de que los españoles preferían comerciar con los chinos. La ruta transpacífica entre las Filipinas y Nueva España era monopolio del anual galeón de Manila (también llamado “la nao de China”), que desde 1573 desembarcaba productos orientales en Acapulco, desde donde se extendían por Nueva España. Por último, la ruta de China a Portugal, con escala en Goa, cerraba el ciclo de comercio mundial que desembocó en constantes interferencias mutuas entre los precios en Oriente y Occidente.

No hay que perder de vista que la plata también se envió hacia Oriente Medio y Próximo Oriente a través del Mediterráneo, lo cual amplía y complica el panorama económico descrito, pues desde fines del siglo xvi se registró un importante aumento de las importaciones venecianas de algodón, de seda persa



30

Los portugueses, pioneros de la colonización europea de Asia, fueron perdiendo a partir de 1621 sus ventajosas posiciones en favor de los holandeses y de los ingleses. Los intentos lusos de restablecer su predominio mediante la adquisición de nuevos territorios —mucho menos activos comercialmente que sus antiguas posesiones— no llegaron a cuajar. Los holandeses pasaron así a convertirse en una sólida potencia colonial. Ya en 1592, Cornelius Houtman había visitado Lisboa para informarse sobre las características de los preciados territorios de ultramar. Más tarde, en 1594, se fundó la primera compañía comercial neerlandesa (la Compañía Van Verre o “de la lejanía”) y en 1604 apareció la VOC, la Compañía neerlandesa de las Indias Orientales. El poderío holandés se manifestó tanto en el Índico como en el Pacífico: en 1609 los holandeses se establecieron en Japón; en 1624 obtuvieron la posibilidad de comerciar en la isla de Taiwan. Después de 1639, ellos y los mercaderes chinos fueron los únicos extranjeros autorizados a comerciar en el puerto de Nagasaki; y entre 1642 y 1662, obtuvieron prácticamente el control del comercio con China.

30

Nave portuguesa en las costas del Japón. Pintura sobre papel (detalle) perteneciente a un biombo; s. xvii. Oporto, Museo Nacional de Soares dos Reis. Foto: Aisa.

31

Nave holandesa anclada en un puerto chino. Laca de Coromandel (detalle) perteneciente a un biombo; s. xvii. Amsterdam, Rijksmuseum. Foto: Werner Forman Archive.





32

y de especias indostánicas, cuyo importe debía satisfacer Venecia mediante la plata y el oro que le llegaban de América desde Sevilla, Lyon y Génova. También desde los puertos de Marsella y Barcelona se enviaba la plata de Occidente hacia el mundo oriental, a través de los puertos de Alejandría, Beirut, Esmirna y Constantinopla; luego, la plata continuaba el viaje hacia el este con las caravanas turcas que llegaban al golfo Pérsico. Además, el Imperio mongol de la India no producía plata, por lo que debía importar toda la que necesitaba para su curso monetario, lo que daba lugar a la “*captura monetaria*” de la que hablaba Braudel. En consecuencia, no es de extrañar que, como señala Aziza Hazan, la cifra de rupias catalogadas de la India siga al pie de la letra –entre 1570 y 1670– la gráfica de llegada de metales preciosos a España, y que la India, al igual que China, actuase, al igual que durante la Antigüedad romana, como un mecanismo de drenaje de plata.

El principal efecto de todo ello en Oriente fue la extensión de la revolución de los precios europeos hacia Asia. En Extremo Oriente, este fenómeno avanzó inicialmente mediante las sucesivas llegadas de plata japonesa y americana. Desde 1630, en que la paridad oro-plata quedó equiparada en Japón y Europa (1:13), la plata japonesa dejó de funcionar como vehículo de la revolución de los precios, actuando únicamente como tal el metal americano. Pero Japón, que ya no contribuía a la extensión de la revolución de los precios en China, importó dicha alza de precios al comprar seda procedente de aquel país. En ese momento su estructura comercial pasó a ser idéntica a la de Nueva España, basándose ambas en la importación de seda (tanto la nobleza samurai en Japón como la noble-

32
Dōbuku (chaqueta utilizada por los mandarines más poderosos) en la que figura el blasón de la familia Inagaki. Seda pintada; s. XVII. Tokyo, Agency for Cultural Affairs. Foto: Archivo R.B.A.

No es una casualidad, nacida de la suficiencia cultural, que los chinos se creyesen el centro del mundo hasta el siglo XIX. De hecho, el movimiento de metales preciosos se había dirigido tradicionalmente de Occidente a Oriente desde la Antigüedad, en función de la tradicional superioridad del este en la producción de bienes de lujo. En términos generales, hasta el Renacimiento europeo, las sociedades orientales eran tecnológicamente más avanzadas, y, a partir de la Alta Edad Media, patentemente más sofisticadas. El asalto portugués a la ruta marítima de las especias no rompía este esquema económico, más bien al contrario, ya que, a pesar del dominio europeo del mar y su evidente superioridad en la guerra naval, los occidentales seguían comprando en el este para vender en el oeste. En cambio, la conquista española de los imperios indoamericanos convirtió a Europa por primera vez en un centro de acumulación de oro y plata, alterando patrones económicos bien arraigados. El incremento de oro y, sobre todo, de plata que se extraían de América se hizo notar en los mercados orientales, ya que éstos continuaban satisfaciendo una demanda cada vez mayor de bienes suntuarios como la seda, otra de las piezas clave de la transformación económica que experimentaron las sociedades del Extremo Oriente. Aunque las presiones religiosas y hasta militares de portugueses, españoles, holandeses e ingleses, entre fines del siglo XVI y mediados del XVII, indujeron al Japón, a China o a Corea al aislamiento defensivo ante los europeos, las relaciones comerciales mediante las rutas tradicionales que unían el noreste con el sureste asiático no parece que hubieran menguado, dando más que suficiente material para el trato con la demanda europea. La apertura de Cantón a los europeos (1685) marcaría el punto de inflexión en esta situación.

za criolla en América consumían seda fina de calidad, que en Nueva España era cuatro veces más barata que la que se producía en Sevilla o en Valencia) y en la exportación de plata. Cuando hacia 1640 la paridad plata-oro (1:13) alcanzó a China se cerró el ciclo, y el comercio de seda con este país perdió su atractivo inicial. En otras palabras, la plata americana inició la historia mundial, ya que la variación del precio de la seda china determinó las actividades de los comerciantes sevillanos, mientras que la de la seda valenciana repercutió en las altas y bajas del comercio del galeón de Manila.

Los efectos de la revolución de los precios en China y Japón

La caída de la dinastía Ming ha sido vista por muchos historiadores como la repetición del drama de dinastías anteriores que vivían un período largo de esplendor al que seguía el colapso definitivo. Pero la China de la primera mitad del siglo XVII era un país muy diferente al de siglos anteriores, de manera que los cambios que tuvieron lugar en él durante este tiempo, en particular los derivados de un permanente contacto con Occidente, parecieron afectar incluso al porvenir de dicha civilización.

Como se ha visto, China recibía en abundancia plata japonesa y americana, lo que tuvo dos efectos contradictorios. Por un lado, en las zonas costeras y sureñas del continente la paz y la estabilidad comercial fueron de la mano; allí emergió una clase burguesa de mercaderes y de prestamistas, y se crearon bancos rudimentarios, asociaciones gremiales, etc. A la vez, el aumento de circulación monetaria hizo posibles diversas reformas en el sistema impositivo, que introdujeron la conmutación por pagos en plata de impuestos sobre la tierra recaudados en especie, de servicios de laboreo y de otras cargas extraordinarias, lo que puso a las arcas del estado en una situación financiera desconocida hasta entonces. Durante el siglo XVI se robusteció el sistema militar, se pacificaron las fronteras y una sensación de prosperidad se extendió en el Imperio. Pero, por otro lado, la revolución de los precios en China, al igual que en Japón y en Europa, benefició a los comerciantes y a quienes se dedicaban a la producción de manufacturas, pero afectó negativamente a los señores feudales que vivían de rentas fijas —particularmente en plata—, lo que resquebrajó la base agraria de la economía Ming. Así, la aparición del lado oscuro de la situación no se hizo esperar. La inflación, el crecimiento urbano incontrolado, la especulación y el aumento de la brecha entre ricos y pobres trajeron consigo las inevitables tensiones sociales. Todo ello quedó perfectamente plasmado en la novela *Jinpingmei* (*Flores de ciruelo en un jarro de oro*), que cuenta la historia de Simen Ching, un comerciante de Shandong que hace su fortuna a través del comercio y de la usura.

La llegada de plata japonesa y americana había estimulado la economía Ming, pero la fluctuación de la producción de este metal en Perú, México y Japón, la piratería y los naufragios, así como las actitudes proteccionistas de Madrid y de Yedo, hicieron que el comercio exterior de China, a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, fuera extraordinariamente errático. La situación se hizo más complicada cuando las autoridades de Madrid y Acapulco decidieron, entre 1634 y 1636, reducir la cantidad de plata que debía ser enviada a Manila, lo que repercutió en China, donde empezaba a ser común exigir los impuestos en plata. No obstante, la continuidad de los envíos japoneses palió el problema momentáneamente.

En 1639 los sucesos de Japón y Filipinas crearon una serie de dificultades en la economía Ming. En el verano de ese año las autoridades Tokugawa negaron el permiso de estancia en Nagasaki a los portugueses de Macao, y los navegantes holandeses y chinos pasaron a monopolizar el envío de plata a China. Por otra parte, las tensiones entre españoles y chinos alcanzaron su punto máximo

en Manila, acabando violentamente y cobrándose la vida de 20 000 chinos; en consecuencia, durante los años siguientes llegó poca plata a China desde el Nuevo Mundo. La demanda insatisfecha de plata tuvo un efecto deflacionista, que acarreó diversos problemas. En las regiones más desarrolladas del sureste chino el valor de la plata creció súbitamente a inicios de la década de 1640, mientras que los precios en plata de productos del campo y de las manufacturas bajaron a niveles inimaginables. Ello trajo consigo el aumento del atesoramiento de plata, que se intensificó cuando, en el verano de 1639, el emperador Chongzhen acordó el aumento de los impuestos para financiar el programa de pacificación de un permanente y largo estado de rebelión campesina iniciado en 1627, que llevó poco después a uno de los líderes de ésta, Li Zicheng, a la toma de Pekín (1644), lo que provocó el suicidio del emperador. Es sintomático el hecho de que cuando, en 1641, Li conquistó Luoyang y mató al príncipe Fu, distribuyese a continuación los bienes de aquél –el grano, el oro, la plata– entre las masas hambrientas. Ello, junto a una serie de desastres naturales que se sucedían desde la década de 1620, quedó reflejado en los relatos contemporáneos que hablan de la existencia de masas hambrientas y de hordas de pordioseros, así como de infanticidio, de canibalismo, etcétera.

La moderna historiografía japonesa (Atsushi, Seiichi) ha puesto de manifiesto que Japón también experimentó un alza de precios similar durante la primera mitad del siglo xvii. Alza hasta cierto punto misteriosa, ya que el shōgunado Tokugawa estaba basado en una economía de autoconsumo. Dichos aumentos registraron sus máximos valores en la década de 1630, especialmente en cuanto a los alimentos: el precio del arroz aumentó 6,3 veces entre 1600 y 1637. El

33

Leones guardianes del palacio Imperial en Pekín; s. xvii.

Foto: A.G.E. Fotostock.



33

punto de partida de la revolución de los precios en Japón se halla en el relativo bajo valor de la plata, que estimuló la compra de oro chino. Sin embargo, cuando ambos metales llegaron a un equilibrio bimetálico el intercambio se orientó hacia la seda, que era un artículo suntuario de amplio uso durante la época de Yedo, y que pasó a ser el principal catalizador de la revolución de los precios en Japón. Esta revolución, y no la extensión del cristianismo, señala Kimura, fue la que llevó al *bakufu* de los Tokugawa a expedir el decreto nacionalista del *sakoku*, un conjunto de disposiciones económicas y políticas que regulaban diversos aspectos de la vida social y económica, tales como la ampliación e intensificación del *itowappu* (el control de los precios de las sedas de importación), el control del lujo en el vestido y la selección y exclusión de barcos mercantes, así como la prohibición del cristianismo. El *sakoku* sumió a Japón en un aislamiento que se no rompió hasta la era Meiji.

Pero el mundo asiático, a pesar de las transformaciones provocadas por la expansión europea, por la llegada de los tesoros de América y por la circulación más intensa de productos y de capitales, siguió siendo en lo esencial lo que era desde hacía siglos. La tierra continuó siendo la base primordial de la vida, y su explotación se desarrolló conforme a cadencias inmutables, a métodos ancestrales y con ritmos lentos. Las antiguas relaciones sociales de sujeción y coacción —que coartaban el progreso agrícola— poco cambiaron; así, las estructuras agrícolas contribuyeron a amortiguar el impacto de los grandes movimientos de la economía de intercambio, que, a menudo, solamente afectaron a la superficie de la vida económica y social. Incluso el tópico de que si los ingleses se hubieran marchado de la India a fines del siglo xvii no hubieran dejado sino, a lo sumo, “curiosidades históricas” no está lejos de la realidad, pues eso es lo que ocurrió en aquellos lugares en los que la presencia europea no se prolongó más allá del siglo xviii.

La llegada de los manchúes y la resistencia Ming

Como en épocas anteriores, el poder de la estepa volvió a ser el principal catalizador del cambio dinástico en situaciones de debilidad estructural del Imperio chino. En este caso, el protagonista fue el pueblo manchú, de raza ruzhen, que desde 1616 se había constituido como estado. Su fundador, Nurhaci, dotó a los manchúes de una estructura militar organizada en ocho “banderas” (grandes unidades militares) que se mostró muy eficaz en las campañas de su sucesor Abahai (1627-1644), quien se autoproclamó emperador, asumiendo el nombre dinástico Qing. En varias ocasiones atravesó la Gran Muralla, lo que preocupó seriamente a la dinastía Ming, que, por aquel entonces, se veía impotente ante la revuelta campesina de Li Zicheng. Éste, una vez instalado en Pekín, tuvo que salir al encuentro de los generales de Fulin, el tercero de los emperadores manchúes. Li Zicheng, viéndose derrotado, volvió a Pekín, se coronó emperador y evacuó la capital camino de Shanxi. Pekín fue ocupada por las tropas Qing.

Durante cuarenta años China vivió un auténtico caos dinástico. Por una parte, antiguos generales Ming formaron los estados Ming del Sur, pequeñas dinastías de breve duración, a las que se unieron los restos de las tropas campesinas de Li. La primera se estableció en Nankín (1644-1645); tras su caída aparecieron otras dos en Zhejiang y en Fujian, regiones que fueron ocupadas por los manchúes en 1646. Pero un importante capitán pirata de Fujian, Zheng Chenggong (1624-1662), siguió apoyando la resistencia Ming, justificada por la amistad que le unía a la dinastía destronada y que le valió el derecho de llevar el apellido de la familia imperial, Zhu; de ahí el sobrenombre imperial de Guoxingye (“excelencia con el apellido del reino”), del que derivó el de Koxinga, con el que fue conocido por los europeos. Dotado de gran talento y de carisma, utilizó

A partir de 1582, cuando tras la muerte de Zhang Juzheng —alto funcionario que dirigió de forma brillante y eficaz el Imperio durante la minoría de Wanli—, los eunucos acrecentaron su influencia y se hicieron con el poder, dio comienzo una etapa de decadencia económica y política que desembocaría en la caída de la dinastía Ming. Los gastos suntuarios de la corte, unidos al alto coste de las campañas militares, obligaron a aumentar la presión fiscal sobre el campesinado y a incrementar las tasas que gravaban los intercambios comerciales, acciones que provocaron un creciente malestar social. Buena prueba de ello fueron las insurrecciones campesinas en el Shenxi (1627-1628) y el poderío que alcanzaron dos importantes jefes rebeldes: Li Zicheng en el norte y Zhang Xianzhong en el Jiangxi, el Hunan y el norte de Guangdong y del Guangxi. En el ámbito estrictamente político, las intrigas y el poder de los eunucos espolearon la aparición de sectores críticos, contrarios a la corrupción, que se agruparon en torno a academias privadas (*shuyuan*), que acabarían convirtiéndose en centros de discusión política. Este estado de cosas no hizo sino favorecer la invasión de los manchúes, que después de haber ocupado todo el norte de China (1642) acabaron apoderándose de la capital en 1644 e instauraron la dinastía de los Qing.



A pesar de la fuerza con que los manchúes penetraron en China, la nueva dinastía fundada por ellos no consiguió pacificar con rapidez el territorio conquistado. Diversos príncipes y facciones del ejército que permanecieron fieles a los Ming protagonizaron una persistente resistencia que no habría de ser vencida de forma definitiva hasta 1683, año en que los Qing lograron apoderarse de la isla de Taiwan. Gernet considera, sin embargo, que el comienzo de un "largo período de estabilidad interior que durará hasta finales del siglo XVIII" tuvo lugar dos años antes, en 1681, cuando los Qing consiguieron acabar con la rebelión de los Tres Feudatarios -Wu Sangui, Geng Jingzhong y Shang Zhixin-, antiguos colaboradores de los conquistadores manchúes que pretendían conservar sus prerrogativas y mantener su independencia en los territorios que éstos controlaban en el sur de China. La nueva dinastía no destruyó la herencia política de los Ming, sino que conservó buena parte de ella -sistema de exámenes de estado, mantenimiento de la estructura administrativa..., aunque introdujo algunas modificaciones para evitar que los eunucos recompusieran su antiguo poder.

34, 35

Escena familiar.

Jarra de vino en forma de carácter chino.

Porcelana esmaltada (detalle y conjunto).

Dinastía Qing; s. XVII.

París, Musée Guimet.

Fotos: Lessing-Zardoya.

para su empresa política todos los recursos de que disponía: beneficios comerciales, hombres y embarcaciones, hasta el punto de que la gente que temía a sus exacciones y a sus levadas militares sólo podía eludirlas emigrando a Taiwan, a Luzón e incluso a América del Sur. Sus acciones llegaron a cautivar la imaginación de historiadores y de escritores de piezas teatrales, y pasó a ser un verdadero personaje popular en China, donde su fama osciló entre la del pirata y la del verdadero patriota.

La dinastía Qing intentó por todos los medios atraerse a Koxinga, hasta que finalmente le hizo frente en el mar, hacia 1660. Siguiendo las antiguas tácticas de la dinastía Ming contra los piratas japoneses, los manchúes limitaron el comercio en la costa, lo que llevó a Koxinga a intentar conquistar Nankín por medio de la acción combinada de un ejército terrestre y una flota. Al ser derrotado decidió establecerse en Taiwan. En 1661 puso sitio a la fortaleza de Zeelandia (Amoy), la base de los holandeses, quienes capitularon tras nueve meses de asedio. Entonces Koxinga concibió la idea de crear allí un imperio insular (evocado por Chiang Kai Shek), con base en Amoy; el caudillo chino imitaba así la actividad de los navegantes europeos. La primera decisión de este régimen fue la de pedir tributo a los españoles de Manila so pena de invasión en caso de una negativa, pero la temprana muerte de Koxinga paralizó dicha pretensión. El asentamiento de las tropas de Koxinga en la isla representó la primera fase estable de la emigración ultramarina china, fenómeno destinado a conocer una gran amplitud.

El régimen de Taiwan, continuado por los hijos de Koxinga, apoyó la revuelta de los Tres Feudatarios que tuvo lugar en las provincias del sur, en las que la resistencia contra los Qing no se había erradicado totalmente y donde varios generales mantenían un control casi absoluto de los territorios bajo su custodia, siendo el más famoso de ellos Wu Sangui (1612-1678), gobernador de Yunnan y Guizhou. La revuelta empezó en 1674, cuando el gobierno Qing decidió hacerse con el poder en Guangdong; este hecho provocó una rebelión general en todas las provincias del sur y del oeste. Tres años después, sólo el suroeste permanecía independiente; los Qing se hicieron definitivamente con el control del territorio en 1681. Por entonces la resistencia Ming sólo se mantenía en Taiwan. Cuando la isla fue ocupada en 1683, la dinastía manchú dio por concluida su conquista de China, iniciada en 1618.

A partir de entonces la china Qing gozó de un siglo de paz y de prosperidad, bajo la sucesión de soberanos capaces. Aunque la aristocracia manchú se mantuvo en la cúspide del poder y del aparato militar, estableció buenas relaciones con los oficiales chinos. Hacia fines del siglo XVIII, los manchúes, muy influidos por la educación y la cultura chinas, empezaron a perder su identidad.



35